

EL SERVICIO DE LOS MIEMBROS

La revelación más alta que es posible recibir de Dios, esto es, acerca de Cristo y de la iglesia, trae consigo no sólo una visión más alta y profunda de Cristo, sino también una valoración de cada miembro de Su cuerpo.

Son muchos los miembros, pero uno solo el cuerpo; muchos los dones que éste ha recibido, y muchas las funciones que realiza, pero el cuerpo sigue siendo uno solo.

La unidad del cuerpo no deja a ningún miembro fuera, y ninguno es prescindible. Aun más, los miembros más pequeños son los más honrosos, los que se tratan con más decoro.

La visión plana de los miembros de un todo –como los números de votos en una democracia– debe sustituirse por una visión enriquecida de la multifacética expresión, belleza y función de los miembros del cuerpo de Cristo – cada uno diferente de otro, y mostrando una vislumbre peculiar de la belleza de Cristo.

Reconocer esto requiere, sin duda, un cambio de paradigma mental, una renovación del entendimiento. Esto significa trasladar la óptica desde el ministerialismo centrado en unos pocos a la operación de todos los miembros del cuerpo de Cristo.

Esperamos que los artículos incluidos en este volumen ayuden a aclarar la comprensión de este asunto.

Rogamos al Señor que su gracia sostenga a los que entregan y a los que reciban estos mensajes. Para Su gloria.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / AÑO 7 · Nº 41 · SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2006

TEMA DE PORTADA

Hacia la vida del cuerpo

Una mirada a la epístola a los Romanos como el recorrido de fe que va desde lo individual a lo corporativo. *Gonzalo Sepúlveda* 3

Cristo transmitido a los santos

¿Cuál es la estrategia de Dios para llenarlo todo de Cristo? *Rubén Chacón* 12

Perfeccionando a los santos

¿En qué consiste la edificación del cuerpo de Cristo? *Rodrigo Abarca* 17

Siervos de la iglesia

Los ministros de la Palabra no son estrellas rutilantes, sino siervos de la iglesia. *Eliseo Apablaza* 27

La centralidad de Cristo

Una advertencia acerca del peligro de reemplazar lo central con lo secundario en el seno de la iglesia. *Celso Machado* 34

LEGADO

Sacerdocio y vida

El sacerdocio de los creyentes es una reacción de la vida divina contra la muerte espiritual. *T. Austin-Sparks* 38

Todos deben servir

Una enseñanza práctica acerca de los miembros del cuerpo de Cristo. *Watchman Nee* 42

Calidad de miembros

El famoso apologista cristiano escribe sobre lo que significa ser miembros del Cuerpo de Cristo. *C. S. Lewis* 48

ESTUDIO BÍBLICO

Viendo a Cristo en la experiencia cristiana

Un estudio de la Epístola a los Filipenses. *Stephen Kaung* 51

SECCIONES FIJAS

Cartas de nuestros lectores 60

Foto de portada: «El castillo del Morro» (Cuba).

Las imágenes de esta edición no tienen necesariamente relación con personas o lugares mencionados en los textos, salvo que se indique lo contrario.

Una mirada a la epístola a los Romanos como el recorrido de fe que va desde lo individual a lo corporativo.

Hacia la vida del cuerpo



Gonzalo Sepúlveda

«Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia» (Ro. 5: 17).

Partiendo de esta palabra, esperamos, mediante la gracia del Señor, hacer un breve recorrido por el mensaje del libro de Romanos, el cual, considerado en forma general, podemos tomar como si toda nuestra historia espiritual fuese en él contada.

A causa de la transgresión de Adán, la muerte reinó, con mucha eficacia, sobre todos los hombres. A medida que nuestro cuerpo envejece y enferma, sentimos muy de cerca la presencia de la muerte. Además, todo aquello que nos aplasta, deprime, desalienta y que nos aparta del Señor, no es otra cosa que la muerte, la herencia de la caída de Adán que nos persigue con sus efec-

tos devastadores.

Si nosotros hemos probado la eficacia de la muerte en todo el transcurso de nuestra vida, lo que ahora viene, es decir, el reinar con Cristo en vida, ha de ser muchísimo más eficaz de lo que la muerte ha sido.

¿Quiénes reinarán en vida? «...los que **reciben...**». Si un cristiano está siendo derrotado, es porque de alguna forma no ha entrado en esta abundancia del Señor. Por ello, vemos a muchos sucumbir ante la más mínima prueba o que viven en una permanente y vergonzosa debilidad.

Apelos y una iglesia normal

Veamos ahora Romanos 16:10

«*Saludad a Apeles, aprobado en Cristo*». ¡Qué hermosura, hermanos! Todos anhelamos ser hombres y mujeres aprobados en Cristo. Apeles no está en el cielo, aún no ha comparecido ante el tribunal de Cristo. Él está en la tierra, es un miembro de la iglesia en la ciudad de Roma, y ha llegado a ser un hermano aprobado en Cristo.

¿Será posible, encontrar hombres aprobados? ¿Será posible, además, hallar en las Escrituras una iglesia funcionando normalmente? Nos parece que es en Romanos capítulo 16 donde podemos ver su mejor descripción.

Note usted que en este capítulo a nadie se le nombra por su cargo. Hay hermanas que trabajan y otras que trabajan mucho en el Señor. Cada uno parece tener una función y ser aprobado en esa función. Hay quienes se caracterizan sólo por estar llenos del amor del Señor, y otros que han ayudado a los apóstoles al punto de exponer su vida por ellos. La mayoría de los hermanos abre su hogar: «*Saludad a los de la casa de Aristóbulo ... Saludad a los que están con ellos ... a la iglesia que está en su casa*». Las familias están convertidas y la casa ha venido a ser un ambiente donde la iglesia se reúne; los santos llegan allí con toda confianza para tener comunión los unos con los otros. ¡Qué preciosa se ve la iglesia, llena de la vida del Señor!

La versión Reina-Valera subtituló este capítulo como «Saludos personales». Nos parece que es muy inadecuado, pues si sólo fuesen simples saludos personales del apóstol, no lo leeríamos con mucho interés. Pero hermanos, aquí tenemos una riqueza in-

mensa: vemos cómo la doctrina de los capítulos anteriores del libro de Romanos está aquí hecha vida. Es precioso ver a todos los hermanos cumpliendo una valiosa función en el cuerpo. Cada uno parece haber encontrado su lugar y todos trabajan en armonía y coordinación con el resto de los hermanos. Este capítulo está lleno de la vida de Cristo, de la vida práctica que la iglesia en Roma alcanzó a experimentar en aquel tiempo histórico.

Cuán precioso es ver esta iglesia donde cada miembro parece estar contento en su función. No se destacan dirigentes, pastores, apóstoles, o ancianos; no se mencionan por sus cargos. Nos parece más bien una iglesia madura, donde todos los miembros cumplen alegremente su función. Nadie está ocioso, se observa una iglesia vigorosa en espíritu; los hermanos se ayudan, se visitan; hay oraciones por aquí y por allá; unos cantan, otros adoran, todos se aman, etc. Aun ellos han alcanzado tal grado de madurez que pueden identificar rápidamente a quienes causan división y tal malvada intención puede ser fácilmente juzgada.

Una de las cosas que más nos alienta es que a esta iglesia se le hace la promesa de que prontamente Satanás será aplastado bajo sus pies. Fijémonos que esta promesa está en plural: «*...bajo vuestros pies*» (16:20). No nos atrevamos a atacar solos al enemigo, pues como individuos somos muy vulnerables; la promesa es para el cuerpo en su totalidad. Solo viviendo la vida corporativa, todos los miembros, en armonía con el Espíritu del Señor, podremos avasallar las tinieblas y prevalecer contra ellas.

Satanás no puede contra una iglesia que está bien edificada y fortalecida en el Señor. ¡Cómo anhela Dios ver esta clase de iglesia, y cómo anhelamos nosotros ver el cuerpo funcionando de esta manera!

Amados hermanos, el Señor está trabajando en la edificación de su casa. Él dijo: «*Sobre esta roca edificaré mi iglesia*». También sabemos que él «*se presentará a sí mismo una iglesia gloriosa*». Nosotros soñamos con esa iglesia gloriosa. En algún momento de nuestras vidas, esa iglesia se nos metió en lo profundo del corazón. En el Antiguo Testamento, en días de Hageo, se nos dice que Dios despertó el espíritu de sus siervos, entonces ellos dejaron de ocuparse sólo en sus propias casas artesonadas y vinieron a edificar la casa de Dios.

Que el Señor encienda nuestros corazones, pues la fe que hoy tenemos no sólo es para la salvación eterna individual, sino que hemos venido a ser piedras vivas para la edificación de la casa de Dios. Porque el Señor quiere llegar a tener una iglesia gloriosa, y nosotros tenemos que trabajar en la misma dirección en que el Señor está obrando. Tenemos que luchar como decía Pablo: «...*trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí*» (Col. 1:29). Él clamaba, y muchas veces lloraba, hasta que Cristo fuese formado en los creyentes (Gál. 4:19), pues anhelaba que el Señor obtuviese aquella «virgen pura» como dice en 2 Corintios 11:2.

La epístola a los Romanos es uno de los libros más ordenados de la Biblia. Comienza desde lo más básico y se va desarrollando hasta lo más su-

blime. Cada capítulo es semejante a un peldaño de una escalera. Nosotros, como creyentes, podríamos estar en el tercer peldaño, o en el quinto, permita el Señor que pronto lleguemos a estar en el peldaño (capítulo) dieciséis de nuestra experiencia cristiana.

Vamos a contrastar dos versículos: Romanos 16:10 y Romanos 1:29. Mientras en Romanos 16:10 aparece Apeles «*aprobado en Cristo*», en Romanos 1:29 aparece el contraste más absoluto: «*estando atestados de toda injusticia...*». Aquí están los dos extremos de la escalera. En algún momento, Apeles estuvo atestado de pecados y maldad. Fue un pecador como cualquiera de nosotros. ¿Qué ocurrió con Apeles? ¿Qué descubrió este hermano? ¿Cómo llegó a ser aprobado en el Señor?

Hermanos, Apeles no siempre estuvo aprobado. Aprobado es alguien que primero logró superar muchas pruebas. ¿Cuántas dificultades y conflictos habrá enfrentado nuestro hermano hasta aparecer finalmente aprobado?

Si miramos el libro de Romanos bajo la perspectiva de que es necesario ir quemando etapa tras etapa hasta llegar a la madurez del capítulo 16, es muy probable que podamos identificar en qué peldaño de esta escalera nos encontramos hoy en nuestra experiencia cristiana. ¿Estaremos sólo en Romanos 3, o ya hemos avanzado hasta Romanos 5? ¿Serán ya parte de nuestra experiencia las verdades de Romanos 6 y 7? ¿Estaremos tal vez en Romanos 8? Sin embargo, no importa que estemos aun en el 3. ¡Lo importante es que estemos! Pero, ¡quiera el Se-

ñor que prontamente estemos al menos en el capítulo 5!

Las verdades de Romanos

Pensando que la mayoría de los lectores conoce este libro, deseamos dar algunas claves que sirvan de ayuda para avanzar en el ascendente camino del Señor.

En el capítulo 1 aparece una amplia descripción del hombre caído, culpable – el hombre sin Dios y sin Cristo. Así estuvimos todos en algún tiempo, hasta que un día la gracia de Dios se nos manifestó y vinimos a conocer al Señor, su evangelio, su amor y su salvación. Cuando nos apropiamos de la gracia, ya nos ubicamos en capítulo 3 de Romanos, «*justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús*» (v. 24). La bendita sangre de Jesucristo nos lavó de una vez y para siempre. ¡Bendito sea su santo nombre!

Es precioso estar consolidados en Romanos 3. La posición es muy ventajosa: podemos elevar toda alabanza y adoración a Dios nuestro Padre y proclamar a viva voz que hemos sido lavados de nuestros pecados con la sangre del Cordero de Dios.

Sigamos avanzando. En Romanos 4 nos encontramos disfrutando la bienaventuranza de que nuestras iniquidades han sido perdonadas y que el Señor ya no nos inculpa de pecado (4:7-8). Y luego llegamos a Romanos 5, «*teniendo paz para con Dios*» y con el amor de Cristo derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado, y nos gloriamos en la esperanza que no avergüenza.

En la segunda mitad del capítulo

Si miramos el libro de Romanos bajo la perspectiva de que es necesario ir que-
mando etapa tras etapa hasta llegar a la madurez del capítulo 16, es muy probable que podamos identificar en qué peldaño de esta escalera nos encontramos hoy en nuestra experiencia cristiana.

5, ya comenzamos a conocer algo de nuestra herencia adánica, mortal y pecaminosa. Ahora empezamos a conocernos a nosotros mismos: que estamos asociados con el trasgresor Adán, y que es necesario que seamos trasladados de Adán a Cristo. Y esto ocurrió desde el momento que creímos al Señor. Es un gran descubrimiento poder ver que ya no estamos en Adán sino «en Cristo». ¡Gracias Señor!, podemos seguir avanzando.

Lamentablemente, muchos hermanos pasan años repitiendo las mismas verdades básicas. Ellos solo se quedaron en Romanos 3; su problema sigue siendo «los pecados», y deben recurrir continuamente a la sangre para que vuelva a limpiarles; sus hechos pecaminosos aún les atrapan y su vida cristiana está estancada.

En Romanos 5 descubrimos que hay algo más importante que **los pecados** (plural). Ahora se comienza a hablar de **el pecado** (singular). Roma-

nos 5:19 dice que fuimos «constituídos pecadores», y esto necesita una solución radical, que va más allá de la sangre. Siendo preciosa y valiosa la sangre de Cristo, necesitamos algo más profundo, que no sólo nos limpie de los hechos externos, sino que nos libre de esta «máquina productora» de pecados que somos nosotros mismos.

Los pecados son como las manzanas del manzano, y nos damos cuenta que el manzano está contaminado. Se necesita, en realidad, cortar el manzano y plantar allí otra vida, que produzca verdaderos frutos. Eso exactamente es lo que enseña Romanos 6. Allí leemos: «*Porque los que hemos muerto al pecado...*». Hermano, usted habrá dado un gran paso si comprende la diferencia entre «el pecado» y «los pecados». Los pecados fueron (y siempre serán) lavados por la sangre de Cristo. No aceptemos acusación alguna, pues «...la sangre de Jesucristo su Hijo, nos limpia de todo pecado» (1 Juan 1:7). Ahora bien, Romanos 6 nos dice que hemos muerto «al pecado». Notemos que el pecado no muere – soy yo quien muero.

Muertos al pecado y la ley

Permítanme una pausa. Muchas veces he entrado en conflicto con la Palabra de Dios, pues encuentro que las verdades de la Biblia no son realidad en mi vida; son verdades en el texto, pero no en mi experiencia. Entonces surge el clamor: «¡Señor, socórreme para que esto sea verdad en mi vida práctica!». Muchas veces esta experiencia se vive con angustia, con gemidos profundos, con oración y hasta con ayunos, con consultas a otros her-

manos o a escritos de siervos de Dios que puedan aclararnos verdades fundamentales.

Cuando descubrimos en las Escrituras una riqueza que no podemos desechar, debemos apropiárnosla con diligencia. De lo contrario, seríamos unos necios. Si se nos ofrece todo para ser victoriosos en Cristo, ¿por qué vamos a seguir girando sólo en Romanos 3, si podemos llegar a ser más que vencedor como en Romanos 8? Pero, para llegar a Romanos 8 necesitamos primero experimentar las verdades de Romanos 6 y 7.

Miremos en forma paralela Romanos 6 y 7. En Romanos 7:4 dice: «*Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley...*». ¡Alto!, en Romanos 6:2 dice que hemos muerto al pecado, ¡y aquí dice que hemos muerto a la ley! Sigamos leyendo: «*...mediante el cuerpo de Cristo, para que seamos de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios*». ¡Cómo nos gusta este versículo! Pues todos deseamos ser fructíferos, nadie desea ser estéril; por tanto, pongamos atención a estas palabras: el pecado y la ley no morirán, ***¡nosotros hemos muerto al pecado y a la ley!***

¿Qué es el pecado? Básicamente, es todo aquello que no debemos hacer. Del mismo modo, la ley representa todo aquello que sí deberíamos hacer para agradar a Dios (pues la ley es justa, santa y buena, 7:12). Dios no nos demanda cosas injustas. Sin embargo, nos encontramos con que nuestra naturaleza es absolutamente impotente para ambas cosas (¿Lo ha descubierto usted?). No podemos evitar el mal y

tampoco podemos hacer el bien que deseamos. A medida que avanzamos en nuestra experiencia cristiana, mayor será nuestra conciencia de la incapacidad de «la carne», es decir, de nuestras propias fuerzas para agradar a Dios. Vanos resultan los esfuerzos piadosos del hombre religioso en su intento por agradar a un Dios santo.

Sin embargo, hermanos, ¡la Escritura dice que ya morimos al pecado y la ley! (Me imagino a Apeles pasando por esta estrechez que representa Romanos 6 y 7. Él no pasó de Romanos 3 al 16 de una vez. Me lo imagino rogando: «Señor, ¡revélame esta palabra!, porque si es posible morir al pecado y a la ley, yo quiero que eso se cumpla cabalmente en mi vida»). Cuando no tenemos suficiente luz espiritual, nos imaginamos que esto es un largo y doloroso proceso. Sin embargo, ¡aquello ya ocurrió! De tal manera que si un hermano está tratando de morir al pecado o la ley, está errado. Aún no ha entendido la obra de Dios en Cristo Jesús para con nosotros, y está aún fuera del poder del evangelio, o sólo lo ha entendido parcialmente, *«porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe»*, y los que reinan en vida son los que *reciben* la abundancia de la gracia.

Hermano, déjeme decírselo de esta manera: Usted y yo necesitábamos la sangre de Cristo (con Romanos 3 estamos ya muy claros); pero, además, necesitábamos morir y necesitábamos resucitar. Necesitábamos una sangre que nos limpiase de nuestros hechos pecaminosos y necesitábamos de una muerte que terminase con nosotros

mismos, y además necesitábamos una resurrección que nos levantara de entre los muertos. Esto parece una locura, pero la palabra nos dice que fuimos «sepultados juntamente con Cristo ... a fin de que como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.

Pregunto: ¿Murió Cristo? ¿Resucitó Cristo? Nuestra respuesta es un rotundo: ¡Sí! Ahora, ¿creemos lo que está escrito? ¡Por supuesto que sí, lo creemos! Entonces, ¡nosotros también hemos muerto y resucitado con Cristo! Le invito, hermano amado, que de la misma manera como usted creyó que la sangre de Cristo lavó todos sus pecados, crea también que la muerte de Cristo es inclusiva: lo incluyó a usted también, y de igual forma su resurrección también nos incluye.

Concluimos, entonces, que los creyentes ¡hemos muerto con Cristo y hemos resucitado con él! Hermanos, ¿no es esto algo para saltar de alegría? ¿No es esta la amplia provisión de Dios para todos nosotros? Tú y yo necesitábamos morir y resucitar, y a menos que hayamos visto estas cosas —porque esto hay que *verlo* espiritualmente— nuestro entendimiento debe ser alumbrado, y para eso vino el Espíritu Santo, enviado del cielo, para darnos a conocer este lenguaje y esta experiencia celestial.

Para los hombres, este lenguaje es locura; mas para nosotros, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios. De tal manera, hermano, que en Cristo usted se acabó, ¡usted ya no vive! ¿Ha escuchado a alguien hablar esto alguna vez? Sí, pues era la experiencia del

apóstol Pablo: «*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*» (Gálatas 2:20). Él no estaba loco (aunque algunos incrédulos quisieron tildarlo de tal). Él entendió las cosas de tal manera que supo que sin esfuerzo alguno, su vida terminó con Cristo y a la vez comenzó con Cristo.

Hermano, esto no se puede comprender todo de una sola vez en un solo mensaje. Nuestra capacidad de comprensión de las cosas más profundas de Dios debe ir en constante aumento. Esto queda enunciado para que usted lo profundice. Ahora el asunto queda en sus manos. Si se conforma con la experiencia de salvación de Romanos 3, igualmente usted es un hijo de Dios y no irá a condenación; pero me temo que su recompensa no será la misma si usted sube al próximo peldaño y procura que se haga vida en usted la verdad de que morimos y resucitamos con Cristo.

Algunos se complican con Romanos 7, pero lo que está ocurriendo de verdad allí, es que el hombre espiritual, el hombre que desea vivir la vida del Espíritu, se está descubriendo a sí mismo. Su problema no es sólo un asunto de ciertos «hechos» que lo complican en su carrera cristiana. Él está más bien descubriendo que posee tan sólo las «buenas intenciones»: «*El querer el bien está en mí, pero no el hacerlo ... no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago* (7: 18-19). Y comienza la lucha del bien y del mal, y esto del «bien y del mal», nos lleva de vuelta a Génesis (el famoso árbol del cual Adán comió).

Entonces, nuestro problema viene de muy atrás, de Adán, pero nuestra realidad actual no es la de Adán, pues estamos en Cristo, y en Cristo morimos; de manera que ahora necesitamos que otra persona viva en nosotros: «*Cristo en nosotros, la esperanza de gloria*» (Colosenses 1:27).

La gloria de Romanos 8

¿Cómo vamos a cumplir las demandas de Dios? La vida poderosa de Cristo está ahora dentro de mí; es la vida de resurrección..., y ya con esto llegamos a Romanos 8:2: «*Porque la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús, me ha librado de la ley del pecado y de la muerte*».

Bienaventurado el creyente que llega a este punto. Ha descubierto que existen dos leyes, y que ambas están presentes en su vida. Tal como en Pablo o en Pedro, en todos nosotros están operando ambas leyes. Aun en las personas que podamos considerar más refinadas está operando la ley del pecado y de la muerte. Sin embargo, aquella ley fue vencida por la otra ley, la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús. (Resulta muchas veces difícil que personas buenas, morales, de sanas costumbres, comprendan el evangelio. A menudo, ellos parecen no tener de qué arrepentirse).

Te pido, hermano mío, o joven creyente, que no descanses hasta que esta letra se traslade del libro a tu corazón y se haga vida en ti, en tu experiencia diaria. Porque el mundo entero está bajo el maligno, el pecado nos asedia, y las tentaciones irán en aumento a medida que el mundo avanza. Hoy tenemos al pecado a un *click* de dis-

tancia (lenguaje computacional). Por tanto, es necesario que los creyentes de esta generación seamos hallados de tal manera establecidos en Cristo, siendo aprobados y avanzando en cada uno de estos peldaños hasta ser aprobados en Cristo.

Porque estoy unido a Cristo, porque morí con Cristo, porque el Espíritu de Cristo está dentro de mí, entonces, creyendo esto, puedo vivir en la abundancia de esta gracia. No me derribará cualquier tentación, no me arrastrará cualquier murmuración, porque hay una ley dentro de mí; no porque seamos mejores que otros, sino porque recibimos la abundancia de la gracia y nos apropiamos de ella.

Avanzando en Romanos 8 nos encontramos con el Espíritu Santo dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (8:16), y, ocupados en las cosas del Espíritu ya no militamos con los pobres recursos de la carne. Esta es una vida maravillosa, pues ya no estamos solos, tratando de agradar a Dios con nuestras propias fuerzas.

Ahora, el Espíritu del Dios vivo derramado el día de Pentecostés por la obra consumada de Cristo, habita en el corazón del creyente y da testimonio a nuestro espíritu de que no somos de abajo, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios; que no somos de las tinieblas, sino de la luz; que no somos ya meros individuos, sino miembros del cuerpo de Cristo, ¡y mantenemos una comunión viva con el Dios vivo!

Finalmente Romanos 8 nos enseñará que somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó. ¿Po-

demos imaginarnos a Apeles avanzando en Cristo, superando etapa tras etapa? Después de haber sido un hombre atestado de pecados, se llenó de la palabra, valoró la sangre de Cristo, valoró la justificación, valoró su traslado de Adán a Cristo, se vio muerto en Cristo, se vio resucitado en Cristo, comenzó a vivir por la ley del Espíritu de vida, y llegó a ser un hombre más que vencedor frente a las tribulaciones de la vida...

Miembros de un cuerpo

Pero esto no termina en Romanos 8. Aunque seas más que vencedor, todavía eres un individuo. Pero en Romanos 12 se introduce un nuevo concepto. Y al decir un nuevo concepto, lo digo a propósito, para que usted enumere en su corazón todos los conceptos ya introducidos.

En Romanos 12 aparece otro concepto: ***Somos miembros de un cuerpo***. Nunca será aprobado usted solo, como individuo, nunca. Usted necesita el cuerpo, necesitamos a los demás miembros del cuerpo. Para vivir la realidad del cuerpo de Cristo, es imprescindible una profunda renovación en nuestro entendimiento, todo alto concepto de nosotros mismos, nuestro individualismo, debe ser demolido ¿cuán conscientes estamos de que somos miembros los unos de los otros? (Rom. 12: 3-5) Lo que usted haga, sea bueno o sea malo afectará (para bien o para mal) a toda la iglesia.

En Romanos 12:11 dice: «*En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor*». ¡Cómo nos gusta esto! Pero, en

cambio, es motivo de mucha tristeza encontrarse con cristianos apagados, con una oración rutinaria. Pero, ¡qué distinto es cuando alguien está ferviente en el espíritu, y se derrama en amor!:

«...gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración...».

Así llegamos a Romanos 14:1: *«Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones».* ¡Ah, Apeles ya está bastante más maduro! En Romanos capítulo 3 ó 4, seguramente, él diría: «Yo pienso esto, yo pienso lo otro». Ahora no. Apeles ya murió. Ya no discute sobre puntos doctrinales. Si un hermano piensa distinto, lo ama, lo recibe; no contiene sobre opiniones, en cambio dirá: «Simplemente, hermano, si tú guardas el día, para el Señor lo guardas; si no comes carne, para el Señor no comes. Pero, amemos al Señor; eso no es de la esencia; bendigamos al Rey». Si, mediante la gracia de nuestro Dios, hemos arribado a este peldaño en nuestra experiencia en Cristo, el Señor habrá ganado mucho con nosotros.

Aun hay más. Romanos 15:1: *«Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos».* ¡Yo quiero estar en una iglesia así, hermanos, donde hay fuertes y hay débiles, y conviven; se soportan, se aman! Versículo 5: *«Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor*

Jesucristo». ¿Se fija que Dios todo lo da, que Dios no vende la vida?

Vamos concluyendo. Romanos 15:13: *«Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer; para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo».* Llenémonos de esperanza; es posible madurar en Cristo. Llenémonos de gozo y de paz en el creer. Creamos que es posible que experimentar esto de morir y resucitar en Cristo; creamos que es posible llegar a ser aprobados en Cristo, y que la gloriosa realidad del capítulo 16 del libro de Romanos la podamos vivir nosotros también, en nuestros días.

Hermano, si usted no ha pasado por la muerte y la resurrección, ¿cómo va a vivir la vida del cuerpo? Si la vida de resurrección no es una realidad en usted, ¿cómo se va a entender con los hermanos? Por ser tan distintos los unos de los otros, todos necesitamos morir y resucitar. Cuando todos hemos resucitado, nos congregamos en uno y llegamos a tener un mismo sentir, la mente de Cristo, la misma vida, la vida de Cristo.

Dios está trabajando persistente-mente. Él obtendrá lo que quiere: un cuerpo. No tan sólo individuos espectaculares. Un cuerpo donde todos los miembros funcionan armónicamente, sin jerarquías asfixiantes. Un cuerpo donde en verdad, Jesucristo, su Cabeza, preside mediante el glorioso Espíritu Santo que llena poderosamente a cada uno de sus miembros.

Que así sea.

(Síntesis de un mensaje impartido en Colombia, Julio de 2006).

¿Cuál es la estrategia de Dios para llenarlo todo de Cristo?



Cristo

transmitido a los santos

Rubén Chacón

«El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo. Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo» (Ef. 4: 10-12).

El objetivo y la estrategia de Dios

Efesios 4:10 nos da a conocer el objetivo divino, la meta de Dios: Llenarlo todo de Cristo.

Ahora bien, a partir del versículo 11 se nos muestra la estrategia que siguió, y sigue, nuestro bendito Señor a fin de conseguir el propósito de su Padre. Si en el versículo 10 tenemos el «qué», aquí, podemos decir que tenemos el «cómo». No sólo necesitábamos saber el propósito, sino también la estrategia, dado que ambas cosas tienen directa relación con nosotros.

La estrategia en su primera parte consiste en que Jesucristo mismo

constituyó—en su iglesia— a unos como apóstoles; a otros, en calidad de profetas; a otros, como evangelistas; y a otros, como pastores y maestros. Esta fue y es la primera acción que emprende nuestro Señor para el logro de su objetivo. Ahora bien, como ya dijimos, la estrategia tiene relación con el propósito de Dios expresado en el versículo 10. Por lo tanto, en una primera aproximación, podemos decir que los dones del ministerio, en conjunto, son el medio por el cual Jesucristo es transmitido a los santos. El propósito de Dios es llenarlo todo de Cristo. Para tal efecto, Cristo se da primeramente

a los dones de Ef. 4:11 y, luego, a través de ellos, a los santos.

Los dones del ministerio son, pues, como el conducto a través del cual los santos son llenados de Cristo. Aunque este conducto es quintuple, no obstante, el contenido es el mismo. Cada don en particular es un canal por el cual un aspecto de Cristo corre hacia los santos. Para tener la plenitud de Cristo es, pues, absolutamente necesario tener presente todos los dones del ministerio. La totalidad de Cristo se transmite a los santos a través de la totalidad de los dones del ministerio. Bastaría que faltase tan solo uno de estos dones para que una parte de Cristo no pudiera ser comunicado a los santos.

El contenido transmitido es Cristo mismo

De manera que, perfeccionar a los santos no es otra cosa que aquello que dijo Pablo escribiendo a los Gálatas: «...hasta que Cristo sea formado en vosotros» (4:19). No es de extrañar, entonces, que en el libro de los Hechos, una y otra vez, se haga mención explícita de que el contenido que los ministros del Señor transmitían era Cristo mismo: «Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo» (Hch. 5:42). «Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo» (Hch. 8:5). «En seguida predicaba a Cristo en las sinagogas» (Hch. 9:20). «...y que Jesús, a quien yo os anuncio, decía él, es el Cristo» (Hch. 17:3).

Ellos no predicaban de Cristo, sino a Cristo. Este matiz es muy importante, por cuanto indica que los ministros

no comunicaban un mensaje intelectual acerca de Cristo, sino a Cristo mismo. Las gentes no se quedaban con una información acerca de Cristo, sino que quedaban con él. De otra manera, no se explicaría cómo muchas iglesias pudieron sobrevivir «solas». Pablo, después de un corto tiempo de estar en un lugar, generalmente tenía que irse de la ciudad producto de la persecución. En muchas de ellas, no alcanzó a constituir ancianos. No obstante, maravilla de maravillas, esas iglesias crecían y se desarrollaban.

Es que, a decir verdad, nunca quedaron solas. El Señor Jesucristo mismo quedaba con ellos por medio del Espíritu Santo. Hermoso ejemplo de esto fue la iglesia en Tesalónica. Pablo no pudo, al parecer, estar allí más de tres meses. Cuando vuelve Timoteo con información respecto de ellos, Pablo escribe su primera carta a los tesalonicenses. Esto fue entre seis a nueve meses después de la visita de Pablo a ellos. Por la carta sabemos que esta iglesia de no más de un año de existencia, estaba fuerte y vigorosa. Cuando el fundamento está bien puesto, el Espíritu Santo es suficiente para sobredificar la iglesia.

Cristo reunió en sí mismo los cinco ministerios

Ahora bien ¿por qué se necesitan cinco dones diversos para comunicar a Cristo a los santos? ¿Por qué fueron diseñados estos dones y no otros? La razón es muy simple. Porque Cristo en los días de su manifestación fue precisamente un apóstol, un profeta, un evangelista, un pastor y un maestro. Los dones de Efesios 4: 11 no son

otra cosa que los ministerios que desarrolló Cristo mismo. Por ello, quizás el nombre más correcto para describir los dones del ministerio sea «Los ministerios de Cristo».

Ahora bien, Cristo no fue un apóstol o un profeta más; él es por excelencia, el apóstol, el profeta, el evangelista, el pastor y el maestro. En efecto, únicamente a Cristo pertenece el singular de estos dones. Él, no sólo es el primer apóstol, sino además el apóstol de los apóstoles. Por lo tanto, cabe señalar que, por muy importantes y necesarios que sean los dones del ministerio, ellos no son la cabeza de la iglesia ni el último referente de ella. El único referente absoluto de la iglesia es Jesucristo mismo. Los dones del ministerio son un referente relativo para la iglesia. Son un medio y no un fin. Sólo Jesucristo es el modelo perfecto de apóstol, de profeta, de evangelista, de pastor y de maestro. Los apóstoles encuentran, pues, en Jesucristo su modelo perfecto y así sucesivamente los demás ministerios.

Jesucristo, el apóstol de nuestra profesión, es al que tenemos que considerar (Hebreos 3:1). En cuanto a su calidad de profeta, él era «el profeta que había de venir al mundo» (Jn. 6:15). Jesucristo es el profeta prometido por Moisés a los antiguos: «*El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable; y toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo*» (Hch. 3:22-23).

Cristo fue el profeta, a través del cual Dios nos habló finalmente en los postreros días: «*Dios, habiendo habla-*

do muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo...» (Heb. 1:1).

Como evangelista, Jesucristo no sólo anunció las buenas nuevas de paz, a los que estaban lejos y a los que estaban cerca, sino que primero él mismo hizo la paz. Por eso, él es nuestra paz (Ef. 2:14-17). Él es, hizo y anunció la paz. Él mismo es la buena noticia. Según Romanos, el evangelio de Dios, prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, era precisamente acerca de su Hijo (1:2-3).

El Señor Jesucristo es también el «Pastor y Obispo de vuestras almas» (1P. 2:25). Él dijo: «*Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas*» (Jn. 10: 11).

Por último, Jesucristo es el Maestro. En la última cena con sus discípulos, después de lavar los pies de ellos, les dijo: «*Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro...*» (Juan 13:13-14).

El único referente absoluto de la iglesia es Jesucristo mismo. Los dones del ministerio son un referente relativo para la iglesia. Son un medio y no un fin. Sólo Jesucristo es el modelo perfecto de apóstol, de profeta, de evangelista, de pastor y de maestro.

Por lo tanto, Jesucristo, a fin de vaciarse en plenitud en su iglesia, ha constituido apóstoles, en plural, para comunicarse a los santos; de la misma manera, ha constituido profetas a fin de traspasarse a la iglesia y, así, sucesivamente.

Cristo en los cuatro evangelios

Pero ¿tenemos algún lugar dónde encontrar y ver a Cristo como apóstol, como profeta, como evangelista, como pastor y como maestro? Sí, maravillosamente sí. ¿Dónde? En los cuatro evangelios. Y ahora entenderemos el por qué cuatro evangelios. En efecto, cada uno de los cuatro evangelios es una revelación de Jesucristo. Un solo evangelio no habría sido suficiente para contener toda la revelación de Jesucristo. Fueron necesarios cuatro. Cada uno de ellos muestra un aspecto, una cara, una faceta, que el Cristo manifestó en los días de su carne y que el Espíritu Santo inspiró en los cuatro evangelios. Los evangelios son como los cuatro seres vivientes del Apocalipsis (cf. 4: 6-7) y como los cuatro seres vivientes de Ezequiel que tenían cuatro caras cada uno (cf. Ezequiel 1:5-10).

Ahora bien ¿cómo es que en los cuatro evangelios encontramos los oficios de Cristo de apóstol, profeta, evangelista, pastor y maestro? Siempre se nos ha dicho y enseñado, y con justa razón, que Jesucristo en el evangelio de Mateo es presentado como Rey y Señor, en el evangelio de Marcos como Siervo, en el evangelio de Lucas como Salvador y en el evangelio de Juan como el Hijo de Dios. En la figura de los cuatro seres vivientes

del Apocalipsis, Juan nos dice que el primero era como un león; el segundo, como un becerro o un toro o un buey; el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto era como un águila volando.

Coincidentemente, estas cuatro figuras calzan de manera perfecta, y en el mismo orden, con los cuatro evangelios: El león con el evangelio de Mateo; el becerro, con el evangelio de Marcos; el que tenía rostro como de hombre con el evangelio de Lucas; y el que parecía un águila volando, con el evangelio de Juan. En efecto, Mateo revela la autoridad de Jesús; Marcos, su actitud de servicio; Lucas lo revela como el representante perfecto de la raza humana; y Juan, más que ningún otro, nos revela la divinidad de Jesucristo. Nótese que el cuarto ser viviente no se parecía a un águila simplemente, sino a un águila en vuelo.

Pero aquí está el punto. Estas imágenes de Jesús, que aparecen de una manera tan clara en los cuatro evangelios, corresponden precisamente a la descripción de los distintos oficios de Ef. 4:11. En otras palabras, cada uno de los evangelios presenta a Jesús de esa determinada forma, porque precisamente a través de ellas, Jesús estaba manifestándose como Maestro, como Pastor, como Evangelista y como Apóstol y Profeta.

En efecto, en el evangelio de Mateo, Jesús enseñaba como un maestro que tenía autoridad, y no como los escribas; el evangelio de Marcos revela su incansable servicio porque, precisamente, Jesús es aquí presentado como pastor; Lucas presenta a Je-

sús como el Hijo del Hombre, esto es, como el representante perfecto de toda la raza humana que trae la salvación a los hombres, porque lo revela como evangelista; y Juan, al revelarnos a Jesús como el Hijo de Dios, nos revela que él es la vida eterna que el Padre nos ha dado y que esta vida es el fundamento de la vida cristiana. Jesús es el enviado del Padre que viene a revelarnos esta vida. En otras palabras, es el apóstol y profeta que procede del Padre.

Y si presentamos los cuatro evangelios de atrás hacia delante, veremos que calzan perfectamente con el orden de los dones de Efesios 4:11. Pues bien, el Cristo del evangelio de Juan es el Cristo de los apóstoles y profe-

tas; el Cristo del evangelio de Lucas es el Cristo de los evangelistas; el Cristo del evangelio de Marcos es el Cristo de los pastores y el Cristo del evangelio de Mateo es el Cristo de los maestros.

En otras palabras, los apóstoles y profetas perfeccionan a los santos con la revelación de Jesucristo contenida en el evangelio del apóstol Juan. Los evangelistas capacitan a los santos con la revelación de Jesucristo contenida en el evangelio del apóstol Lucas. Los pastores entrenan a los santos con la revelación de Jesucristo que muestra el evangelio de Marcos y los maestros equipan a los santos con el aspecto de Cristo revelado en el evangelio de Mateo.

* * *

El sacrificio de la millonaria

Una señorita americana, cristiana, vino a hallarse por herencia en posesión de una cuantiosa fortuna que quiso administrar ella misma para fines caritativos.

Con tal objeto, se propuso acercarse a los pobres para conocerles, y, sintiendo que sus riquezas le eran un impedimento, colocó toda su fortuna en el banco de tal modo que ella misma no pudiera sacar nada en el término de un año. Alquiló una vivienda en uno de los barrios más humildes y trabajó para ganar su sustento. Así trabó muchas relaciones, y en ocasiones fue ayudada por sus propios vecinos que compadecían su aparente desamparo. De esta forma llegó a conocer experimentalmente los apuros de la pobreza y aprendió a distinguir entre los menesterosos dignos y los vagos de profesión.

Anhelosa, esperaba el momento de poder manifestar su verdadera condición y así pudo levantar y ayudar a muchos cuando el tiempo se cumplió. Los mismos pobres sentían un respeto sagrado por aquella mujer que de tal modo se había sacrificado, y trataban de evitar que nadie abusara de su bondad para que ella pudiese cumplir sus propósitos del modo más eficaz.

Nuestro Señor se hizo pobre siendo rico por amor a nosotros. ¿No trataremos de ser sus servidores y cooperadores del modo más leal?

Samuel Vila, Púlpito cristiano

¿En qué consiste la edificación del cuerpo de Cristo? ¿Quiénes están llamados a hacer esta obra? ¿Cómo?

Perfeccionando a los santos



Rodrigo Abarca

El propósito divino

Como ustedes saben, la carta a los Efesios tiene como asunto principal el propósito eterno de Dios, en qué consiste ese propósito, cuáles son los medios que Dios ha dispuesto para llevarlo a cabo, y de qué manera finalmente su propósito se va a cumplir en plenitud.

Dios quiere que éste sea también nuestro propósito, y por eso ha querido revelarlo. Y esto es algo que no debemos dar por descontado; es decir, no porque hablemos del propósito eterno de Dios, quiere decir que ese propósito está comprendido y grabado en nuestros corazones. Tiene que ser revelado por el Espíritu, y conver-

tirse en el asunto que gobierna la totalidad de nuestras vidas.

¿Cuál es ese propósito, ese misterio, como lo llama Pablo? En Efesios 1:9-10 dice, «*reunir todas las cosas en Cristo*». Ahora, la palabra «reunir» no sólo significa juntar alrededor de Cristo todas las cosas. La palabra griega significa básicamente levantar a Cristo por cabeza, para que, bajo su autoridad, se reúnan todas las cosas. Y también significa hacerlo a él, el centro de todas las cosas; que todas ellas converjan hacia él, y encuentren su razón, su destino, su finalidad, en él. En suma, que Cristo sea el todo y en todos.

¿Cómo Dios va a realizar ese propósito? Su plan tiene dos etapas. La

primera de ellas, que es fundamento de la segunda, ya se cumplió, y comprende la encarnación, la muerte, la resurrección, la exaltación y la entronización de su Hijo como Rey y Señor (Ef. 1:20-22).

La segunda es que su Hijo tenía que revelarse y manifestarse a través de una creación especial. Y esa creación no era la raza de los ángeles, sino el hombre. Por ello El Verbo fue hecho carne.

Cristo es la Cabeza

El Señor Jesucristo es Rey y Señor de todas las cosas; el Padre sometió todas las cosas bajo sus pies. Pero, sobre todas las cosas, él lo dio por cabeza a la iglesia (Ef. 1:22). Entonces, la relación que hay entre Cristo y todas las cosas es distinta a la relación que hay entre Cristo y la iglesia. Sobre todas las cosas, él es Rey y Señor, y él gobierna y domina sobre todo. Pero con relación a la iglesia, él no solamente es Rey y Señor, pero también es su Cabeza.

Así como una cabeza está vinculada a su cuerpo, y es inseparable de su cuerpo, así Cristo se unió a la iglesia, para sostener, para alimentar, y para expresarse a sí mismo a través de ella. Hay entre Cristo y la iglesia una intimidad y una relación que no existe entre Cristo y nada más en este universo creado.

La cabeza necesita al cuerpo para expresarse. Cuando el Padre lo hace cabeza de la iglesia, al mismo tiempo pone una 'limitación' para el Señor: Que él se tiene que expresar, revelar y manifestar, y llevar adelante sus propósitos a través de su cuerpo que es la iglesia.

Imagínese usted, ¿su cabeza actúa separada de su cuerpo alguna vez? Si en su cabeza usted tiene planes que llevar adelante, por ejemplo, construir una casa, planificada diseñada y pensada por completo en su mente. A la hora de ejecutar sus planes, ¿qué necesita? ¿No necesita sus manos, o sus pies?

Ahora, supongamos que su cabeza tiene sentimientos profundos. Usted es joven, está enamorado de alguien, y quiere decirle a ella que la ama. ¿No necesita un cuerpo? Si no hubiera rostro, ojos, expresiones faciales y corporales, ¿cómo podría usted expresar lo que siente?

Cuando Cristo se convierte en cabeza de la iglesia, se autolimita a sí mismo y queda indisolublemente atado a ella, de manera que él ahora necesita a la iglesia para cumplir sus planes, para llevar adelante los propósitos eternos de Dios. Y esa es la segunda parte del plan de Dios: Que Cristo lo pueda llenar todo de sí mismo por medio de la iglesia.

Cristo es el Modelo

Ahora, vamos a Efesios 4. «*El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo*» (v. 10). Ahí está el propósito – que Cristo lo llene todo. Eso quiere decir, hermanos, que todavía no todo está lleno de Cristo. En el cielo, todo está lleno de él; pero, en la tierra, no todo está lleno de él. Aún el mundo está bajo el príncipe de la potestad del aire, y Satanás está moviéndose y manifestando sus intenciones y designios malignos en esta tierra.

Pero, ¿cómo va a llenar Cristo

todo? Edificando su iglesia, y llenando a su iglesia de él mismo. Y, una vez que la iglesia esté llena de él, entonces la iglesia lo va a llenar todo de él y ya no habrá más lugar para Satanás en la tierra. Ese es el plan. Por eso dice el versículo 3:21, hablando de Dios el Padre: «...a él sea la gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades». Pues la Iglesia es el cumplimiento eterno de su propósito en Cristo.

¿Qué medios va a emplear para edificar a su iglesia? Leamos Hebreos 3:5: «Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir». Cuando Moisés sacó a los israelitas de Egipto, que cruzaron el mar Rojo y llegaron al monte Sinaí, Dios lo llamó para que estuviese con él cuarenta días y cuarenta noches. Allí, Dios le mostró detalladamente el diseño de un tabernáculo o casa. Dios le fue revelando a Moisés esa casa y todos los muebles, utensilios y elementos que debían estar en la casa. Y no sólo eso, sino que también el servicio sacerdotal, todo lo que tenía que ver con el funcionamiento de esa casa.

Mientras Dios hablaba con Moisés, le decía: «Harán un tabernáculo... Harán un arca ... un altar ... una mesa ...». Cada vez que él hablaba con Moisés y terminaba de describir un aspecto de esa casa, le advertía: «Presta atención, Moisés: Que hagas todas las cosas –no el ochenta por ciento, no el noventa por ciento, no el noventa y nueve por ciento, sino todas, el cien por ciento– conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte».

¿Por qué Dios hizo esa adverten-

cia a Moisés? Dice Esteban que Moisés era un hombre preparado en toda la sabiduría de los egipcios, poderoso en sus palabras y en sus obras. Ahora bien, los egipcios fueron los más grandes constructores de la antigüedad. Hasta el día de hoy, las cosas que ellos construyeron son consideradas maravillas del mundo antiguo: las pirámides, los templos que edificaron. Incluso los israelitas construyeron ciudades enteras para los egipcios.

Así que, si alguien sabía de construcciones y edificaciones, ese era Moisés. Y si alguien sabía de edificación, eran los israelitas. Pero Dios le dijo a Moisés: «Yo voy a usar el conocimiento que tú tienes, de construcción, de edificación», (porque si él no hubiese sabido nada de construcción, Moisés no habría entendido nada), pero con una advertencia: «No puedes poner nada de ti mismo en el diseño, ni en la obra de mi casa».

Era una gran tentación para Moisés agregar algo de sí mismo al diseño. Pero se dice que Moisés fue fiel como siervo. ¿Sabe lo que es un siervo? Es un esclavo. Cuando un amo manda a un esclavo a hacer algo, el esclavo tiene que simplemente ir y hacer las cosas como se le dijo. No tiene que recibir explicaciones.

Moisés no pidió explicaciones. Lo hizo todo como Dios le mandó, y porque él fue fiel –dice la Escritura– todo lo que él hizo puede ahora dar testimonio, y puede representar tipológicamente a Cristo y a la iglesia.

Por ejemplo, el arca tenía que tener un codo y medio de alto, para representar la unión del hombre con Dios, porque uno y medio más uno y

medio son tres, y tres es el número de la Divinidad. El arca representa la unión de Dios y del hombre, en Cristo – uno y medio para Dios, uno y medio para el hombre. Si Moisés hubiera puesto medio codo más, el arca habría sido bonita, pero sin ningún significado en relación con Cristo.

Ahora, cuando Moisés erigió el tabernáculo, Dios fue severo con respecto a algo que era una sombra y una figura, destinada a pasar y a desaparecer. Pero ahora estamos hablando de la casa eterna y definitiva de Dios que es la iglesia. Entonces, si Dios fue tan severo y estricto con lo que era sombra y figura, ¿no ha de ser estricto y severo con el original? ¿Será que Dios ha cambiado y ahora nos permite a nosotros improvisar o poner nuestras propias ideas en la iglesia, o introducir nuestros conceptos, nuestras opiniones y las cosas que creemos saber en la edificación del cuerpo de Cristo? ¿Habrà cambiado Dios?

No; todo tiene que ser hecho «conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte» (Ex. 25:40). Usted preguntará: «¿Tenemos un modelo para la edificación de la casa? Sí, y es un modelo muy claro, muy específico, concreto y real. ¡Ese modelo es el Señor Jesucristo!

Por eso dijimos que la primera parte es la revelación del Señor Jesucristo. «Dios fue manifestado en carne» (1 Tim. 3:16). Y la Escritura dice literalmente «puso su tabernáculo», su morada, en medio de nosotros (Juan 1:14). Así que, al verlo a él, nosotros vemos la morada de Dios con los hombres. Y ese modelo ahora tiene que ser mostrado e impartido en nosotros. La

plenitud de él tiene que venir a nosotros y, por el Espíritu, lo que es de él tiene que ser formado en nosotros. No sólo un aspecto de él, no sólo una parte de él. Así como la plenitud de Dios habitó en él y habita en él, así la plenitud de Cristo tiene que habitar en la iglesia.

Los dones perfeccionan

Sin embargo, ¿Cómo va a llenar Cristo todo en todos? Lo primero, dice la Escritura, es que él dio dones a los hombres. Y aquí comienza la edificación de la casa. Ahora, aquí los dones, como ya otros hermanos han explicado muy bien, no son dones que él dio a las personas. Él también da dones individuales a los miembros de su cuerpo. Pero estos dones que da aquí no son dones dados a miembros del cuerpo, individualmente, sino que son personas que él da como dones a todo el cuerpo.

Él prepara a un hombre, lo convierte en un apóstol, y lo da a la iglesia. Él prepara a otros hombres, los convierte en profetas, y los da como regalos a su iglesia. Él toma aún a otros, los convierte en evangelistas, y los da luego a la iglesia; y él prepara a otros como maestros, y los da a la iglesia.

Jóvenes, presten atención a eso. El Señor toma hombres y los prepara; trata con ellos, trabaja con ellos, y no en un período corto de tiempo. Se va revelando a ellos, y una medida de él, de los planos que están en él, se forma en ellos. Así los prepara, y luego los da a su cuerpo. Esa es la forma en que él edifica la casa. Él no comienza organizando nada; ni con esquemas, o

Usted puede venir a miles de reuniones y recibir y ser expuesto al ministerio de la palabra por años y años, y usted no va a crecer un centímetro en la edificación de Dios. La edificación de Dios no tiene que ver sólo con recibir la palabra, sino con tomar esa palabra y comenzar la edificación del cuerpo de Cristo.

metodologías o con planes en un papel. Él comienza siempre su obra con hombres formados por él y enviados por él. Ese es el método de Dios.

¿Hay algún método en la Escritura para levantar una iglesia? ¿Será que el Señor llamó un día a los apóstoles y les dijo: «Vengan para acá, ahora yo les voy a explicar lo que es la iglesia, su organigrama y sus funciones? ¿Así hizo el Señor la iglesia? ¿Un método, un plan?

No, hermanos amados, el plan es él, el método es él. Hombres que lo conozcan a él, que hayan estado tiempo con él, que hayan estado en la intimidad con él, que hayan oído la voz de él. (1 Jn. 1:1-2).

Él formó apóstoles, y esos hombres fueron dados como dones a la iglesia. Los apóstoles, para colocar fundamentos. Pablo dice: «...yo como perito arquitecto puse el fundamento» (1 Co. 3:10). ¿Cuál es el fundamento?

Jesucristo es el fundamento. «Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles» (Hch. 2:42). ¿Qué es la doctrina de los apóstoles? Todo lo que ellos oyeron, contemplaron y palparon mientras estaban con Jesucristo, eso se convirtió después en la doctrina de los apóstoles. «Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo» (Hch. 5:42).

La Escritura dice: «...el fundamento de los apóstoles y profetas» (Ef. 2:20). Entonces, los apóstoles y profetas van de la mano; los apóstoles, para poner el fundamento, y los profetas, para regar sobre el fundamento, para ampliarlo. Ambos, profetas y apóstoles, están relacionados con la revelación de Jesucristo dada a la iglesia a través de ellos. Pero los primeros colocan el fundamento de Cristo, y los segundos profundizan el fundamento, amplían la visión y el entendimiento de Cristo para la iglesia.

Lo tercero que él dio a la iglesia son los evangelistas. También es un aspecto de Cristo que se da a la iglesia; porque, recuerden, la iglesia tiene que ser la plenitud de Cristo. ¿A qué vino el Hijo del Hombre? «...el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lc. 19:10). ¡Bendito sea el Señor Jesucristo! Él fue el primero de los evangelistas; él vino con un corazón lleno de amor por los perdidos.

Cristo se da a nosotros a través de los evangelistas. ¿Qué sería de nosotros sin el amor de aquellos que, representando al Señor Jesucristo, han predicado el evangelio! Aquellos que dejaron sus hogares en tierras lejanas,

aquellos misioneros de antaño, que cruzaron medio mundo para traer el evangelio. ¡Qué sería de nosotros sin ellos!

Y luego, pastores y maestros. Ellos toman todo lo que está en la doctrina de los apóstoles, la revelación de los profetas, la visión de largo alcance de los evangelistas, y la empiezan a aplicar a todos los aspectos de la vida de la iglesia, hasta en los más pequeños detalles.

¿Aquí tenemos completa la iglesia? No, no tenemos la iglesia todavía; ahí sólo tenemos el principio de la iglesia. Entonces, presten atención por favor. ¿A quién deben apegarse ustedes? Apéguense a aquellos hombres que Dios ha dado a la iglesia, siéntense a los pies de ellos, aprendan a Cristo de ellos. Búsquenlos, porque van a conocer a Cristo a través de ellos, porque son un regalo de Cristo para ustedes, y para toda la iglesia.

Una cosa más al respecto. Pablo dice a los corintios: «...*todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas ... todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios*» (1 Co. 3:21:23). Eso significa que Dios ha dado dones a la iglesia. Pero, ¿qué es más importante? ¿Los dones o la iglesia? Si usted tiene novia y se va a casar con ella, y le hace muchos regalos, ¿qué es más importante, su novia o los regalos? ¡La novia! ¿Qué es más importante, los dones —apóstoles y profetas, evangelistas, pastores y maestros— o la novia de Cristo? ¡La novia! Ellos son regalos, pero ella es su novia.

La novia es más importante que los regalos. Entonces, la novia no debe estar en función de los regalos, sino en función del Novio. Gracias a Dios

por los dones; pero nuestra vista tiene que estar en el Señor de los dones.

Aquí no hay una jerarquía. El Señor no está hablando de una estructura jerárquica de gobierno sobre la iglesia; él está hablando de dones, de regalos que él libremente da a la iglesia. Vienen de él, son de él. No es tampoco que la iglesia se juntó y dijo: «Vamos a nombrar apóstoles, profetas, evangelistas, etc...». Los hombres no pueden ‘fabricar’ apóstoles, profetas, evangelistas, pastores o maestros. Sólo Cristo puede, y él los da a la iglesia. No cometamos un error; esto no es un método. Es la vida de Cristo que se va desarrollando, por el Espíritu, en la iglesia.

«...Todo es vuestro...». Aprópiense de todo. Tomen a los apóstoles, son suyos; a los profetas, son suyos; a los evangelistas, son suyos. Hermanos y hermanas todos los dones son de ustedes; pero ustedes son de Cristo, y Cristo es de Dios. No desaproveche los dones, no los menosprecie, no los tenga en poco. Déle gracias al Señor que nos ha dado dones; recíbalos todos, acójalos a todos. Pero usted es de Cristo, la iglesia es de Cristo, y Cristo es de Dios.

Entonces, ¿cuál es la finalidad de estos hermanos? Aquí vamos a tener que redefinir algunas palabras, de acuerdo a la Escritura. La finalidad de estos hermanos, ¿es edificar la iglesia? No. Leamos de nuevo Efesios 4:12: «...a fin de perfeccionar...». Ahora, si usted sigue leyendo, un poco más adelante, aparece la palabra edificar. Pero, aquí no dice que ellos son dados para edificar a la iglesia, sino para perfeccionarla. La palabra perfeccionar

no es hacer perfectas a las personas. La palabra griega más bien significa preparar, equipar, y reparar, cuando es necesario. Todo eso es perfeccionar. Es más o menos la idea que tenemos cuando en una empresa dicen: «Vas a ir a un curso de perfeccionamiento». No es que usted va a ir a ese curso para salir de allí perfecto; sino para salir más preparado para hacer su labor. Esa es la idea aquí: perfeccionarlos, prepararlos para hacer su trabajo, para cumplir su función en el cuerpo de Cristo.

Todo el Cuerpo edifica

Los apóstoles, los profetas, los evangelistas, los pastores y maestros están en el cuerpo para preparar a los santos, para que los santos cumplan su función en el cuerpo de Cristo. Ellos no están para edificar a los santos. Preste atención a esto; es muy importante la distinción que hace la Escritura. ¿Por qué? Porque el ministerio de la palabra, por sí mismo, no edifica.

Usted puede venir a miles de reuniones y recibir y ser expuesto al ministerio de la palabra por años y años, y usted no va a crecer un centímetro en la edificación de Dios. Usted puede tener miles de horas acumuladas de ministerio de la palabra, y no por eso ha sido edificado. Porque la edificación de Dios no tiene que ver con recibir la palabra solamente, sino con tomar esa palabra y comenzar la edificación del cuerpo de Cristo.

Y esto no lo hacen los ministros de la palabra, sino ¿quiénes? Vea conmigo. «...a fin de preparar a los santos para la obra del ministerio». ¡Ah, ahora sí, todos nosotros, los santos, hacemos

la obra del ministerio! Y, ¿cuál es el propósito de la obra del ministerio? ¡La edificación del cuerpo de Cristo! Aquí, sí, está la palabra edificación. Cuando los santos empiezan a trabajar y a hacer su parte, entonces recién empieza la edificación del cuerpo de Cristo.

Cuando usted viene a una reunión y dice: El hermano predicó una palabra tan bonita, tan del Señor! ¡Salí tan edificado!». ¿Salió edificado? ¡No! Salió preparado, salió alentado, salió entrenado. Pero ahora tiene que ir a edificar; ahora, recién, tiene que ir a edificar.

Tuvimos hace poco el Mundial de Fútbol. Allí los entrenadores preparan a sus jugadores, les enseñan estrategias, y hacen esquemas, es decir, los entrenan. Pero, ¿se imagina que esos jugadores nunca jugaran un partido? ¡Qué frustrante sería para ellos! A veces nosotros somos como un equipo de fútbol sobre-entrenado, que nunca juega un partido de verdad.

¿Por cuántos años ha sido entrenado usted? ¿Cuántas predicaciones, cuántas ministraciones de la palabra ha recibido usted en su vida? Yo diría que usted está sobre-entrenado, hermano amado. ¿Qué le parece? ¿Está utilizando todo lo que ha recibido para edificar el cuerpo de Cristo, o no está haciendo nada y sigue preparándose?

Es la capacitación, el entrenamiento de estos hermanos, lo que permite que luego estos hermanos, teniendo las herramientas, los elementos necesarios, lleven a cabo la obra del ministerio. ¿Y cuál es la obra del ministerio? La edificación del cuerpo de Cristo.

Así que, lo que Dios tiene en men-

te, no es la edificación personal solamente. Dios quiere que el cuerpo crezca, que la iglesia se edifique. El quiere que todo el cuerpo comience a tomar forma; la forma de Cristo.

Eso significa que el cuerpo tiene que empezar a concertarse, a relacionarse. Las coyunturas tienen que empezar a ligarse entre sí; los miembros tienen que empezar a unirse unos con otros y a trabajar unos con otros. Y entonces, el cuerpo empieza a funcionar, cuando todos los miembros están ligados, entrelazados y amalgamados unos con otros. En esto consiste la edificación. Las piedras se juntan unas con otras para elevarse juntas como casa de Dios. Entonces, todos los miembros, por medio de la palabra que han recibido de los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros, se alimentan unos a otros, y se nutren unos con otros de la cabeza que es Cristo.

Voy a poner un ejemplo: la iglesia en Jerusalén. Ella comenzó con doce apóstoles y más o menos unos quince mil hermanos, contando las mujeres y los niños. «Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo» (Hch. 5:42). ¿Y así, por los 50 años siguientes, esos hermanos estuvieron escuchando a los apóstoles y deleitándose con lo que los hermanos enseñaban? No, no fue así. Porque lo que Dios tenía en mente no era que esa iglesia estuviese toda la vida recibiendo y escuchando palabra tras palabra. Él quería que el cuerpo comenzase a funcionar, a llenar toda la tierra del conocimiento de su Hijo Jesucristo.

Entonces, aquello fue una escue-

la. Jerusalén fue la primera escuela de Dios, de entrenamiento y de capacitación en la tierra. Y no duró mucho tiempo, a lo más siete a diez años. Cuando el Padre consideró que estaban listos, él detuvo todo eso y dijo: «Muy bien, ahora están preparados, ¡vayan!». ¿Quiénes fueron... los apóstoles? No. Cuando comenzó la persecución con motivo de Esteban, dice la Escritura que, en una noche, toda Jerusalén quedó vacía de hermanos, pues todos fueron dispersados, excepto... ¡los apóstoles!

Los apóstoles se quedaron en Jerusalén, para volver a formar otra generación. Ya su trabajo había sido hecho. Ahora, aquellos hermanos que tenían el fundamento de los apóstoles con ellos, y la revelación de los profetas, la visión de los evangelistas ardiendo en su corazón, la enseñanza de los pastores y maestros, estaban preparados para ir. Y Dios los envió a todos ellos.

Y allí donde ellos fueron, ¿qué ocurrió? Por toda la región de Judea, y por toda Samaria, y aun tan lejos como Antioquía, la iglesia de Jesucristo se multiplicó. No fueron los apóstoles los que fundaron las iglesias en Judea. No fueron los apóstoles los que fundaron la iglesia en Antioquía. Fueron los hermanos y hermanas.

Dirás: «Pero yo pensaba que los obreros son los que levantan las iglesias». Pues, observe que no. Sí y no. Ellos levantan algunas. Pero si usted tiene el fundamento, entonces, usted puede ir y poner ese fundamento en otros, usted puede ser un obrero del Señor dondequiera que vaya.

¿Cuántos de ustedes tienen la re-

velación de Cristo recibida de los profetas? ¿Cuántos han visto al Señor? Usted puede ir a hablar a otros acerca de Cristo, de su gloria, de su grandeza, de su profundidad, de su autoridad. ¡Usted puede! Para eso ha sido preparado por Dios.

Ahora, ¿cuántos han oído al Cristo de los evangelistas? Entonces, usted puede llevar esa palabra a cualquier parte del mundo. Usted también es un evangelista, porque tiene el evangelio de Jesucristo ardiendo en su corazón.

¿Y cuántos han sido pastoreados por años? ¿Cuántas enseñanzas para edificar su familia, su matrimonio, su situación laboral, toda su vida entera? ¿Cuánto ha recibido de Cristo por medio de los pastores y maestros? Mucho, ¿verdad? Ahora usted puede ir y aconsejar a otros, puede ir y enseñar a otros. Usted también es un maestro y es un pastor para otros. ¡Ese es el propósito del Señor! Él quiere que todos nosotros vayamos a hacer su obra, a edificar su casa, a levantar su iglesia en todas partes.

Una historia más, para que usted vea que esto no sólo ocurrió en Jerusalén. También cuando Pablo y Bernabé realizaron su obra apostólica. ¿Usted recuerda que Pablo, en la mitad de su carrera, le escribe una carta a la iglesia en Roma – la carta a los Romanos?. ¿Usted sabe que Pablo nunca había estado en Roma? No conocía la iglesia en Roma de vista, pues nunca había pisado las calles de Roma. Y sin embargo, cuando escribe su carta a los Romanos, en el capítulo 16 de la misma, empieza a saludar a hermanos y hermanas como si los conociera de toda la vida.

Ahora, ¿cómo podía Pablo, que nunca había estado en Roma, conocer a aquellos hermanos? Es que en Roma había ocurrido lo mismo que en Judea, en Samaria y en Antioquía. Los hermanos de las iglesias en Asia Menor y de Acaya (Grecia) habían ido a Roma. Ellos habían ido, no Pablo.

Esos hermanos comenzaron la iglesia en Roma. Hermanos que se formaron con Pablo, pero que luego fueron y fundaron otras iglesias. Y muchos años después, Pablo llegó a Roma también, cautivo y en cadenas.

Tal vez usted, hermana, se mira en menos. Lea los nombres que menciona Pablo. ¿Cuántas hermanas hay en esa lista? La mitad por lo menos. Hermanas que han trabajado mucho en el Señor, dice Pablo, que han sido colaboradoras en Cristo, que han ayudado a levantar la iglesia de Jesucristo en Roma y en muchas otras ciudades.

«Priscila y Aquila, mis colaboradores». Menciona a Priscila antes que a Aquila, su esposo. Hermana, ¿usted cree que puede? ¿Está dispuesta? ¿O queremos seguir años y años, todos sentados, escuchando mensajes y más mensajes, y entrenándonos y entrenándonos, sin hacer nunca el trabajo que el Señor espera de nosotros?

¿Ustedes creen que los obreros deben hacer todo el trabajo? No, no es trabajo de ellos; ellos preparan a los santos para que vayan y hagan la obra del ministerio. ¿No dice eso la Escritura? Y su tarea continúa «...hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Ef. 4:13).

Jóvenes, ¿para qué están siendo preparados ustedes? ¿No es para tomar su lugar en esta gran obra del ministerio que es la edificación del cuerpo de Cristo? No tengan la vista estrecha. No digan: «Yo soy poca cosa, yo nací en no sé qué olvidado pueblito». Eso no importa. No importa de dónde eres o de qué familia procedes. Si tienes a Cristo, si el fundamento está en tu corazón, si has visto al Señor, si el evangelio arde en tu corazón, tú puedes ir también. El Señor necesita que vayas, que amplíes tu visión y que ensanches tu corazón.

Alguno dice: «Yo soy muy viejo, ya pasó mi tiempo». No, nunca pasa tu tiempo, hermano; si tú eres viejo, el

Espíritu de Dios te va a renovar y sostener hasta el final. Pero tú anda y haz lo que el Señor quiere que hagas. En la misma iglesia local tienes que hacer todo lo que el Señor quiere que hagas. Tú tienes que ser un obrero ahí, un profeta, un maestro, un evangelista, en la medida en que el Señor te ha dado ser esas cosas donde tú estás.

De esta manera, todos podemos y debemos colaborar en la obra de edificación que el Señor encomendó a su cuerpo que es la Iglesia. Hasta que todo sea lleno del conocimiento de la gloria del Señor. Amén. ¡Bendito sea el nombre del Señor!

(Síntesis de un mensaje impartido en Temuco, en julio de 2006).

* * *

Quando David fue rey

Quando los filisteos supieron que David había sido hecho rey de Israel, entonces fueron «en busca de David». Ahora era un personaje de suficiente importancia para ser blanco de su ataque; y es cuando nos hemos rendido a Dios, consagrándonos a los propósitos de la salvación, cuando todos los poderes de maldad se combinan para causar nuestra caída y deshonrarnos con derrota y fracaso.

A. B. Simpson, Mateo

Los salmos de Lutero

Se dice de Lutero que un día le preguntaron cuál de los Salmos era el mejor, y contestó: «*Psalmi paulini*»; y cuando sus amigos insistieron en saber cuáles eran, añadió: «El 32, el 51, el 130 y el 143, porque todos ellos enseñan que el perdón de nuestros pecados viene sin la ley y sin las obras del hombre que cree, y por tanto los llamo Salmos Paulinos».

Lutero, Conversaciones de sobremesa

Como trapo

Enrique Suso (1300-1365), el místico alemán, cuenta en una de sus cartas que un día que había tenido que sufrir mucho por penas interiores y por desprecios y humillaciones, vio desde la ventana de su celda a un perro que jugaba en el patio con un trapo. Lo mordía, lo babeaba, lo arrastraba, lo rasgaba. «Así debes tú hacer», se dijo. «Se te arroje en alto o se te tire abajo. Aunque se te escupa, tú debes aceptarlo todo alegremente, sin protestar, como el trapo, si él tuviese conciencia».

Los ministros de la Palabra no son estrellas rutilantes, sino siervos de la iglesia.



de la iglesia

Eliseo Apablaza

Lectura: Efesios 4: 7-16.

En este pasaje de Efesios 4 encontramos tres temas principales: los dones, los ministerios y las operaciones. Los dones aparecen al comienzo y son dados por el Señor a la iglesia para constituir ministerios. Sin dones no hay ministerios. Los ministerios son los que aparecen en el versículo 11 – son cinco, aunque algunos dicen que son sólo cuatro, porque los pastores y maestros conformarían un solo ministerio. Finalmente, en los versículos 15 y 16 aparecen, las operaciones, es decir, el funcionamiento de cada miembro del cuerpo.

En la cristiandad en los últimos años los dones y los ministerios han

sido fuertemente enfatizados. Poco se ha hablado de las operaciones. Sin embargo, creemos que el énfasis final de Dios antes de la venida del Señor no estará ni en los dones ni en los ministerios, sino en las operaciones.

A comienzos del siglo XX en todo el mundo hubo un gran énfasis en los dones. Los dones del Espíritu Santo se manifestaron en todo el mundo. Fue el gran avivamiento pentecostal. Pero esa no era la meta de Dios. En las últimas décadas vino un énfasis en los ministerios. Sin embargo, por muchos años pareció que había sólo uno o dos de estos ministerios, los evangelistas y los pastores.

Un problema semántico

En el versículo 12 se habla de la función de estos cuatro ministerios, que es, según algunas versiones de la Biblia, «perfeccionar a los santos». Por muchos años nosotros no tuvimos una correcta comprensión de la palabra «perfeccionar». Entendíamos que el objetivo de los ministerios era llevar a la perfección, a la culminación de la vida cristiana, a los santos. Pero en el último tiempo hemos ido viendo mejor. La palabra griega que se traduce como «perfeccionar» aquí, tiene una multiplicidad de significados. Y, al parecer, el más importante de ellos, no es precisamente «perfeccionar», sino «equipar» o «capacitar».

William Barclay dice que la palabra griega «katartismós» (que se traduce como «perfeccionar») tiene dos grandes significados: el primero, «ajustar y poner en orden», segundo: «equipar o habilitar algo para un propósito determinado». Y pone el siguiente ejemplo: «Se usa con respecto a la habilitación de un barco o de un ejército, cuando son completamente equipados, armados, y formados en orden de batalla». Podemos ver, entonces, que el ministerio de los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros es poner el ejército, que es la iglesia, en orden de batalla.

Si nosotros entendemos «equipar» en vez de «perfeccionar» aquí en Efesios 4:12, el asunto cambia radicalmente. Entonces la función de los ministerios no es final, sino sólo medial y transitoria. La tarea de los ministros no llega hasta la edificación de la iglesia.

Anteriormente, nosotros poníamos

gran énfasis en la función de los ministerios, que pensábamos que era «perfeccionar a los santos». Pero el énfasis del Espíritu Santo está más abajo en este pasaje. El razonamiento del Espíritu no termina en el versículo 12, donde está el servicio de los ministros, sino en el versículo 16, donde está el servicio de todos los miembros del cuerpo.

En el versículo 13 dice: «*Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*». Aquí está la meta de Dios. Ahora, ¿cómo alcanzamos esa meta? Eso está en los versículos 15 y 16: «*Sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad (la palabra 'actividad' aquí se puede traducir también como 'operación') propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor*». Los ministros fueron dados para *capacitar* a los santos, no para que *hagan el trabajo* de los santos.

Veamos atentamente el versículo 12: «*A fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo*». ¿Hay una coma después de «santos» en este versículo? Si en alguna versión la hubiera, esa coma no está bien. ¿Por qué? Si nosotros ponemos la coma después de «santos», entonces entendemos que los ministerios perfeccionan a los santos y hacen la obra del ministerio. Pero si esa coma no está

allí, entonces debemos entender que los santos son perfeccionados para que éstos hagan la obra del ministerio.

¿Qué creen ustedes que pasaría en una iglesia si en vez de dos o tres hay cien o doscientos que hacen la obra de Dios? Sin duda, habría un cambio muy grande. A uno esto le puede parecer extraño, porque nosotros tenemos una gran distorsión.

Ahora bien, debemos ir un poco más allá. Si estos ministerios fueron dados para capacitar a los santos, significa entonces que, de alguna manera, los apóstoles tienen que reproducir apóstoles en la iglesia, y los profetas tienen que reproducir profetas en la iglesia. Dicho de otra manera, los apóstoles capacitan a los santos, para que de ahí surjan nuevos apóstoles; los

Pero, ¿cuál es la voluntad de Dios? Que la iglesia se parezca a Cristo, no a un hombre. Si hay un solo hombre arriba, todos lo miran a él, y terminarán por parecerse a él. Pero si están los apóstoles, los profetas, los evangelistas, los pastores y los maestros, todos mostrando un aspecto diferente de Cristo, no se parecerán a ninguno, sino a Cristo que se expresa a través de ellos.

profetas capacitan a los santos para que surjan nuevos profetas; y los evangelistas capacitan a los santos para que surjan muchos evangelistas. ¿Cuál es, entonces, la función de los evangelistas? ¿Evangelizar a los perdidos? No sólo eso, sino capacitar a los santos para que todos sean evangelistas. El énfasis cambia desde los ministros a los santos.

¿Cómo es que aquí los evangelistas son dados a la iglesia para capacitar a los santos, y no para evangelizar a los incrédulos? Cuando nosotros necesitamos evangelizar invitamos a un evangelista. Sin embargo, la voluntad de Dios es que toda la iglesia evangelice, y que el evangelista capacite a la iglesia para hacerlo.

Según entendemos, la primera vez que esto comenzó a ser predicado, fue por el hermano Watchman Nee, en China, en una Conferencia a fines de los años 40.¹ Si usted lee esos mensajes, va a percibir la carga de Dios sobre ese hombre, una carga muy fuerte. Él vuelve una y otra vez a reiterar lo mismo, porque percibe que puede ser lo último que diga. Él ya sabía que le quedaba poco tiempo. Entonces decía: «Tenemos que pasar la carga a todos los santos. Tenemos que capacitar a los santos, y que ellos se levanten para servir». Él decía «¿Cómo vamos a alcanzar toda China con el evangelio? Somos tan pocos, y este país es tan grande. Sólo puede ser hecho si todos los santos se levantan a servir».

¿Qué ocurre hoy en China? Sucede exactamente esto, el cumplimiento de ese deseo de Nee. Su palabra fue

¹ Ver un resumen de esa enseñanza en págs. 42-47.

profética. Probablemente sea en China donde hoy existen las iglesias más neotestamentarias de toda la tierra. ¿Qué sucede allí? Los predicadores itinerantes visitan las iglesias, capacitan a los santos, y luego los santos hacen la obra del ministerio. A causa de las persecuciones, allí no hay un ministerio pastoral visible, como en Occidente. Son todos los santos, sin distinciones, los que hacen la obra del ministerio.

¿Cómo puede sobrevivir la iglesia bajo la persecución? Sólo de esta manera. Hoy las iglesias en China están más vivas que nunca. El porcentaje de cristianos en China ha crecido en forma geométrica. Esto ha sido maravilloso.

Ahora, ¿por qué nos está viniendo esta palabra a nosotros en este tiempo? Aunque comenzó a predicarse en los años 40 en China, hoy sentimos que el Señor nos la envía a nosotros para que la realicemos en medio de la iglesia, porque se avecinan sobre todo el mundo días de persecución. ¿Cómo sobrevivirá la iglesia en esas condiciones? Sólo si la iglesia ha recuperado la visión del cuerpo. Y no sólo la visión, sino también la experiencia de vivir la vida del cuerpo con todo lo que eso significa.

Una distorsión histórica

Históricamente, todo el peso de la obra de Dios ha recaído sobre los ministerios. En la actualidad, hay pastores agobiados por el peso de la obra. ¿Cómo un solo hombre puede hacerlo todo? Esa no es la perfecta voluntad de Dios. Eso forma parte de una distorsión histórica. Pero el Señor nos

está mostrando lo que verdaderamente es la iglesia, el cuerpo de Cristo.

Esta distorsión condujo poco a poco a una exaltación de los ministros. Debido a que los ministros tienen la palabra, entonces los hermanos reconocen que ellos son una clase especial de personas, y dependen de ellos para casi todo.

Eso acarrea muchos problemas. Y el principal de ellos es el menoscabo del cuerpo.

En estos días se ha hablado aquí de cómo una congregación puede llegar a parecerse al pastor. Tal como es el pastor, así es la congregación. ¿Por qué ocurre eso? Porque él está solo. Él es el único referente que los hermanos tienen. Entonces la iglesia se parece al hombre que está al frente.

Pero, ¿cuál es la voluntad de Dios? Que la iglesia se parezca a Cristo, no a un hombre. Si hay un solo hombre arriba, todos lo miran a él, y terminarán por parecerse a él. Pero si están los apóstoles, están los profetas, los evangelistas, los pastores y los maestros, todos mostrando un aspecto diferente de Cristo, no se parecerán a ninguno, sino a Cristo que se expresa a través de ellos. ¡Ellos, en conjunto, mostrarán la multiformidad de Cristo, toda la riqueza de Cristo!

Un doble testimonio

Aquí en Efesios 4 el orden es dones, ministerios y operaciones. ¿En alguna otra parte de la Biblia se mencionan estas tres cosas juntas? Los estudiosos de la Biblia dicen que si sólo encontramos en un solo lugar de la Biblia una cierta verdad, eso no es muy confiable. Tenemos que tener al me-

nos dos, porque el dos es el número del testimonio.

Veamos, pues, 1ª Corintios 12:4-6. *«Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo»*. Aquí tenemos de nuevo, en el mismo orden, los dones, ministerios y operaciones.

Y hay una cosa muy interesante aquí. Que los dones se asocian con el Espíritu; los ministerios con el Señor; y las operaciones con Dios el Padre. Por tanto, vemos una gradación. Según el orden de la Deidad, el Padre es el mayor, luego el Hijo, luego el Espíritu. Y aquí están en el orden inverso. ¿Qué nos está diciendo esto? Que vamos de lo menos importante a lo más importante.

De estas tres cosas, lo menos importante son los dones; luego vienen los ministerios; pero lo más importante de todo son las operaciones, porque se asocian con el Padre, el cual «hace todas las cosas en todos». Ustedes saben, los dones de la Palabra no vienen sobre todos. Aquí en este capítulo dice que unos reciben una clase de dones, otros, otra, pero no todos tienen los dones de la palabra. Por eso los ministerios tampoco pertenecen a todos los santos. Pero cuando habla de las operaciones, dice «que hace todas las cosas en todos». Es decir, las operaciones son de todos. De todo el cuerpo.

El Señor nos ha mostrado que los dones no son un fin en sí mismos; y que tampoco los ministros son un fin

en sí mismos. El fin, el objetivo, es la iglesia con su multifacética variedad de operaciones.

En el Nuevo Testamento aparece decenas de veces la expresión «unos a otros», y eso nos habla de mutualidad. Cuando nosotros recibimos revelación para ver lo que es el cuerpo de Cristo, nuestra mirada del Nuevo Testamento cambia totalmente. Donde antes veíamos al individuo, ahora vemos la iglesia. Sólo en la iglesia puede ser vivida toda la vida de Cristo. Tan sólo en la iglesia puede ser experimentada toda la revelación del Nuevo Testamento.

Como creyente, no estoy llamado a hacerlo todo. No estoy llamado a tener todas las respuestas. No tengo necesidad de proyectar toda la luz. Para eso está la iglesia. ¿Hay un problema en la iglesia? Veamos a quién Dios capacitó para resolver ese problema. ¿Quién va a atender un determinado asunto? Ahí está el hermano adecuado. Dios lo capacitó para eso. No hay alguien que posea todos los dones en sí mismo, porque Dios repartió sus dones entre todos los miembros del cuerpo.

Reconociendo nuestro tiempo

Amados siervos de Dios, este es el día de las operaciones de todos los miembros del cuerpo de Cristo. Y nosotros, los ministros, somos siervos de la iglesia. Por supuesto, primero de Cristo, luego de la iglesia. Por eso, los ancianos, los obreros, los ministros de la palabra tienen que bajar; y la iglesia tiene que subir.

¿Por qué hay tantos hijos de Dios frustrados, insatisfechos, amargados?

Porque no están sirviendo al Señor. Parece que ellos no tienen nada que hacer. Todo el énfasis se ha puesto en los ministros, en los pastores. Ellos lo hacen todo. Y los pequeños ¿son meras comparsas? No; son más que eso; mucho más que eso. Son la iglesia, la amada del Señor.

Cuando el amado le dice a la salamita: «*Hazme oír tu voz; porque dulce es la voz tuya*» (Cnt. 2:14), es el Señor hablándole a la iglesia. A la iglesia, no a los predicadores. Es dulce la voz de la iglesia. El Señor se dio por ella, dio su vida por ella. No por los grandes predicadores solamente, sino por ella. Y ahí están todos, incluso los más pequeñitos. ¡Oh, que el Señor nos abra los ojos para ver lo que la iglesia significa para él!

La responsabilidad de los ministros

La mayor responsabilidad recae sobre nosotros. ¿Por qué? Porque nosotros –los ministros– tenemos que bajar, para que la iglesia suba. Juan el Bautista fue enviado para bajar los montes y subir los valles. El ministerio de Juan el Bautista no sólo fue para preparar la primera venida del Señor, sino también la segunda. Hoy también Dios se está levantando profetas con el espíritu de Juan, que dicen: «Nosotros tenemos que menguar para que Cristo crezca». Si no formamos parte de ese equipo, no estaremos preparando debidamente la venida del Señor.

Juan el Bautista antes de la primera venida; Juan Bautista antes de la segunda venida. La primera vez fue un hombre; ahora son muchos hombres, muchos profetas con la actitud

de Juan, que dicen. «Mírenlo a él, es el Cordero de Dios; él es el esposo; nosotros somos amigos del esposo, la novia lo mira a él, la iglesia lo mira a él».

Uno de los grandes objetivos de Pablo en su ministerio fue presentar la iglesia como una virgen pura a Cristo (2 Corintios 11:2). ¿Quién hace ese trabajo de preparar una novia para el novio? Un casamentero. Los ministros de Jesucristo somos casamenteros. Pablo lo era. En cierto modo, nosotros no somos parte de la iglesia. Sí lo somos; pero en cierto aspecto no lo somos. Nosotros preparamos a la novia para que reciba al Novio.

Hermanos amados, los principales y más grandes problemas en medio de la iglesia no son provocados por los hermanos, sino por los ministros, los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Ellos son los más dotados; tienen dones. La palabra de ellos tiene influencia. Es muy difícil que un hombre así disminuya.

Dios quiere enseñarnos algo: los ministros de la palabra no son líderes en el estricto sentido de la palabra. La palabra líder es una palabra de origen inglés que se refiere a una persona destacada, prominente. Un líder es un jefe. El Señor nunca usó una palabra que significara eso para referirse a sus seguidores. Él usó la palabra «siervo». Y en griego ‘*doulos*’ significa esclavo.

Derek Prince dijo cierta vez: «¿Por qué en las Biblias no se traduce «esclavo» si en el griego dice «esclavo»? Porque existe una cultura oscura, tenebrosa acerca de la esclavitud. Pero

en términos bíblicos la esclavitud no tiene esa connotación». Y agrega: «El Espíritu Santo es un esclavo de Cristo». ¿En qué sentido? En que él vino para servir, para exaltar a Otro. El Espíritu Santo vino para exaltar a Cristo. El Espíritu Santo tiene una actitud de esclavo. Así, nosotros también somos esclavos de Cristo y de la iglesia.

Que el Señor nos socorra. Porque uno de los grandes peligros que existen para un ministro de Jesucristo, es la vanidad. Por eso el Señor tiene que golpearnos muy fuerte. Tiene que quebrantarnos absolutamente, para que nosotros veamos que no somos nada, absolutamente nada sin él. Si nosotros recibimos el amor de los hermanos es sólo porque nosotros somos como un burrito que lleva al Señor

sobre sus lomos. Sólo por eso.

¿Qué han visto los hermanos? ¿Por qué nos aman? Porque ellos han visto algo de Cristo. Su amor hacia nosotros no es hacia nosotros. Es a Cristo, que por gracia nos ocupa. Fuera de Cristo somos aborrecibles, somos torpes, somos inmundos. Somos comunes, como cualquier persona.

Amados hermanos, que el Señor nos ayude para ver lo que Dios nos está mostrando, para que nos dé la fuerza y el valor para menguar, pues es lo más difícil. Que el Señor nos dé la fuerza para callar y para que otros hablen; para dejar de hacer tantas cosas y dejar que otros también sirvan. Amén.

(Síntesis de un mensaje impartido en Curitiba, Brasil, en abril de 2006).

* * *

Algo errado en su vida

Cuando Robert Chapman comenzó a servir al Señor, su audiencia aumentaba progresivamente. Pronto levantó un gran templo. D. L. Moody oyó hablar de su fama y un día tomó un tren para oírle predicar. Se sentó en silencio y oyó. Cuando terminó la reunión, Chapman reconoció a Moody y fue hasta él para pedirle que, si tenía algo que decirle, lo dijera francamente. «Hermano», le dijo Moody, «lo que usted hizo fue un fracaso y no un éxito, porque hay algo errado en su vida».

Al oír esto, Chapman se enristeció bastante y sintió que Moody no debería haberlo criticado como lo hizo, pues ¿con qué autoridad podía hablar de esa manera? Sin embargo, Moody se sintió obligado a decirselo, y el propio Chapman sabía que existía, en verdad, una imperfección en su ser: él sabía que no lograba desistir de amar más a su esposa e hijos (que al Señor) y, con ese asunto, luchó dolorosamente durante las varias semanas que siguieron.

Al fin, él dijo al Señor: «Dios, no puedo dejar de amar a mi esposa y mis hijos, pero te pido que obres en mí hasta que pueda soltarlos». A partir de ese día, él descubrió cómo realmente amar a su esposa e hijos en el Señor, y entonces Robert Chapman vino a ser poderoso en la obra de Dios.

Watchman Nee, Vida cristiana equilibrada

Una advertencia acerca del peligro de reemplazar lo central con lo secundario en el seno de la Iglesia.

La centralidad



Celso Machado, Brasil

Uno de los aspectos cruciales en relación con el testimonio de la iglesia en una localidad es permanecer con los ojos vueltos hacia la persona del Señor Jesucristo, teniéndolo como el punto central de toda realidad espiritual.

Existen varios asuntos que traen daño a la iglesia. He aquí algunos:

Cuando la iglesia asume una posición reivindicando sobre sí la primacía, ya está completamente descalificada como aquella que mantiene el testimonio de un candelero por cada localidad. No podemos dar testimonio de nosotros mismos. El Espíritu Santo es el único que puede dar tal testimonio.

Otro aspecto que afecta grandemente a la iglesia es la postura de absorber y focalizar sólo un ministerio o persona, poniendo a veces ese ministerio o persona en el tope de la pirámide; o incluso ese mismo individuo asume esa posición «piramidal» y, con eso, una posición ministerialista.

Otro aspecto observado es el énfasis en determinadas doctrinas, incluso a veces copiando formas y trazos de otras culturas, excluyendo así la libertad que el Señor proporcionó para que la iglesia exprese la multiforme (multicolor) sabiduría de Dios a principados y potestades en las regiones celestes.

Existe también el riesgo de man-

tener una posición doctrinaria adquirida en el comienzo del caminar y procurar introducirla en medio de la iglesia. Si un determinado grupo en el pasado estaba involucrado completamente en los dones carismáticos, o los ignoraban, y ahora procuran permanecer con el testimonio de la iglesia en la localidad conservando aún esa misma postura, eso también está fuera de la centralidad. Si el asunto es la salvación eterna o no eterna, pre-arrebatamiento, mid o post, y tantos otros asuntos doctrinales, se continúa permaneciendo en asuntos periféricos, olvidando completamente la centralidad del asunto – ¡Cristo!

La fiesta de bodas

Cuando leemos en la Palabra de Dios el pasaje de las bodas de Caná, que es el primer milagro registrado del Señor, podemos observar las siguientes personas en aquella fiesta: Los invitados, los discípulos, la madre de Jesús, los sirvientes, el maestresala, y el novio; y el más importante invitado que es ignorado, pero que es el verdadero *novio* y mejor vino, el agua de vida, el discípulo y siervo del Padre, el Señor Jesús.

Es normal que nos detengamos en el milagro de la transformación del agua en vino, si miramos desde el punto de vista del maestresala – aun más en este tiempo de la teología moderna que no pasa de ser una teología completamente humana.

¡Observamos que el maestresala queda impresionado con la postura del novio de mantener el mejor vino hasta ese momento! Otros quedan más impresionados con el vaso que con el

vino, y terminan alabando al vaso por contener un vino tan bueno, olvidando realmente de dónde procede aquel vino. Y otros se impresionan con lo mejor del vino, y no con Aquel que es el dueño del poder transformador del agua en vino.

También tenemos aquellos que disfrutan del mejor vino, pero con el pasar del tiempo ya no distinguen si el vino es el del comienzo de la fiesta o el del final. Beben y se satisfacen hasta sentir un profundo masaje en sus egos.

Sin embargo, el mensaje de la cruz queda completamente de lado, porque el mismo afecta la vida del alma, aplastando y aniquilando el ego, como un tractor que pasa por encima de todo. Eso incomoda demasiado nuestra alma no tratada, porque nos gustan nuestros juegos y piruetas, y peleamos por ellos. Al renunciar al trabajo de la cruz nos apartamos completamente de la meta: Cristo.

En cuanto al novio, todavía permanece callado al comentario del maestresala, asumiendo y tomando sobre sí la gloria y el milagro. Aquel que es el único dueño y el proveedor del mejor vino. Que el Señor tenga misericordia de nosotros, y nos guarde.

Gracias a Dios por aquellos que sirven como esclavos a su Señor, pues saben muy bien quién es el dueño del vino, tal como aquellos sirvientes lo sabían.

Pero los discípulos aun ni siquiera comprendían la misión del Señor Jesús. La cuestión no es el milagro de transformar el agua en vino, no es el novio, la madre de Jesús, sino Aquel que posee todas las cosas, pues es suyo

el poder transformador. Muchos van detrás de los milagros, de los hombres, y de tantos otros asuntos considerados periféricos. ¡Oh, cómo necesitamos mantener nuestros ojos en la persona del Señor Jesús!

En el pasaje de la transfiguración del Señor, cuando Pedro, Juan y Santiago cayeron por tierra, él se acerca y los toca con sus manos. ¡Qué actitud magnífica! Cuánto necesitamos aprender de él, de su mansedumbre y su humildad. Y ellos, alzando los ojos, a nadie más vieron, sino a Jesús solo.

En la isla de Patmos el Señor vuelve a asumir la misma postura en relación con el apóstol Juan, cuando éste cae a tierra como muerto. Una vez más él se acerca, extiende su mano y le toca, diciéndole: «No temas».

El ejemplo de la célula

Existe un área de estudio de la biología llamada «citología», ciencia que se ocupa del estudio de la célula. Cuando se estudia la diferencia entre una célula sana y una célula en estado de anormalidad, existe una manera técnica y apropiada de distinguir una de otra a través de una metodología de coloración, que muchos conocen como «Papanicolau».

Utilizando varios colorantes podemos identificar algunos criterios así definidos por una determinada coloración al interior de la estructura celular, y hasta anomalías en el contorno de la membrana celular (capa que envuelve la célula), o nuclear, y también su forma. Tales anomalías pueden comenzar por un simple proceso de inflamación celular. Si este proceso no fuere tratado a tiempo, deriva en otro

Si la centralidad no fuere en Cristo, y sí en asuntos periféricos como doctrinas, personas, ministerios y otros, tomando el lugar del Señor, la malignidad penetra con toda su fuerza, y con eso tenemos una «célula cancerosa» en su alto grado de malignidad.

proceso más avanzado, o sea, al de la «deformidad nuclear», llamado neoplasia. Y esto, al no ser tratado, pasa a un grado más elevado y grave de deformidad, la «malignidad» celular.

Nuestro cuerpo está formado por células. Ellas poseen una protección alrededor llamada membrana celular o capa lipoproteica (aceite). En su interior tenemos un núcleo y otros órganos. Son estructuras microscópicas que sólo pueden ser visualizadas a través de un aparato llamado microscopio, capaz de aumentarlas millares de veces.

Sin embargo, una de las características más importantes que determina la normalidad celular es cuando el núcleo está en el lugar correcto, o sea, en el *centro* de la célula. ¡Esto es muy tipológico! ¡Cómo el Señor Creador deja su impresión «digital» en toda su creación! Él es tremendo.

A veces determinados agentes o cuerpos extraños penetran en el interior de la célula, debido a una falla en la protección de la membrana (falla

que comenzó con la caída del hombre). Esta membrana está compuesta de una capa lipoproteica conocida comúnmente como gordura, grasa o aceite (en otra oportunidad podemos hablar con más detalles acerca de la tipología de esta protección). El asunto es que debido a la penetración de este agente extraño al ambiente celular, éste comienza a interferir en la centralidad del núcleo, afectándolo de tal manera que con ello lo empuja hacia la periferia de la célula.

Si el asunto no es tratado en seguida, la condición va empeorando cada vez más, pasando de una forma «inflamatoria» más leve a una condición llamada «premaligna», y finalmente, «maligna».

Ahora llegamos al clímax del asunto. Cuando este núcleo permanece mucho tiempo en la periferia, éste comienza a deformarse, asumiendo algunas formas extrañas, y estas formas pueden clasificar el estado de malignidad de la célula.

La primera etapa es la forma de una ameba, llamada 'forma celular ameboide'. El segundo comienza a tomar forma de una araña—forma aracnídea—y finalmente la peor de todas las formas, la 'forma de una serpiente', que los citólogos procuran alivianar usando un término más suave como 'forma de renacuajo'—aunque con el re-

nacuajo no tiene ninguna semejanza cuando lo vemos por la lente del microscopio. Tiene más forma de serpiente que de renacuajo.

Ante tal aspecto tan tipológico, el Señor desea enseñarnos por medio de su acto creador, dejando muy clara su rúbrica en toda su obra, procurando dejarnos bien claro la importancia de la centralidad de Cristo.

Podemos observar cuán grave y peligroso es centralizarnos en cualquier asunto que no sea la persona del Señor Jesús.

Si la centralidad no fuere en Cristo, y sí en asuntos periféricos como doctrinas, personas, ministerios y otros, tomando el lugar del Señor, la malignidad penetra con toda su fuerza, y con eso tenemos una «célula cancerosa» en su alto grado de malignidad, pudiendo pasar a las demás células deformando y matando todo lo que encuentra a su paso, trayendo así consigo la muerte del cuerpo.

Creo que hemos presenciado este asunto a través de los tiempos en la iglesia que es el cuerpo de Cristo, del cual él es su cabeza.

Que el Señor tenga misericordia de nosotros y nos perdone de tanta desolación a nuestro alrededor. Queremos arrepentirnos. ¡Que el Señor nos ayude!

«Y alzando ellos los ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo» (Mt. 17:8).

* * *

Santidad

La santidad en nosotros es la copia o la transcripción de la santidad que está en Cristo. Así como el sello imprime línea a línea los caracteres, y el hijo toma cada rasgo de su padre, así es la santidad de Dios en nosotros.

Phillip Henry

El sacerdocio de los creyentes es una reacción de la vida divina contra la muerte espiritual.



Sacerdocio

y vida

T. Austin-Sparks

¿Qué es un sacerdote? No es un funcionario o un miembro de una casta religiosa, sino un hombre que resiste a la muerte y ministra vida. El objetivo único y más abarcador de todos los tiempos –el gran propósito de Dios de eternidad a eternidad– puede ser descrito en el lenguaje del Nuevo Testamento como vida eterna. Cuando el pecado entró en el mundo, surgió la muerte, y entonces los hombres necesitaron de un altar y del derramamiento de sangre a fin de que el pecado pudiese ser cubierto por la justicia y la muerte ser vencida por la vida divina.

Juntamente con el altar, surgió allí la actividad personal de un hombre designado como sacerdote, y así, con

el pasar del tiempo, tal servicio creció y creció hasta transformarse en un elaborado ministerio sacerdotal. Como un poder activo, la muerte sólo podía ser detenida, anulada y removida al ser debidamente confrontada su base pecaminosa. De ahí la necesidad del ministerio sacerdotal de justicia, la justicia perfecta de la vida incorruptible expresada por la sangre de la ofrenda. Israel debía ser un reino de sacerdotes, un pueblo basado y fundamentado en la justicia misma de Dios y, por eso, capaz de encarar a la muerte y derrotarla.

La iglesia fue llamada para ejercer este ministerio. El propio Señor Jesús previó esto al decir: *«Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de*

vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él» (Mat. 21:43). Más tarde, Pedro explicó que los pecadores redimidos son hechos participantes del llamamiento celestial, siendo *linaje escogido y real sacerdocio*, debiendo asumir la gran vocación de ser, de parte de Dios, ministros de vida en la tierra.

Así nosotros descubrimos que, como miembros del cuerpo de Cristo, tenemos un nexo con él, el gran Sumo Sacerdote, que es análogo a aquel entre Aarón y sus hijos, quienes participaban de su servicio sacerdotal. En la carta a los Hebreos, que trata este asunto, tenemos una especie de Levítico neotestamentario. En esta epístola, los creyentes son llamados tanto ‘hijos’, como ‘hermanos santos’, como si Cristo nos considerase sus hijos – *«He aquí, yo y los hijos que Dios me dio»* (Heb. 2:13).

De manera que por medio de nosotros, como miembros de Cristo, la gran obra sumo sacerdotal en el cielo debe tener expresión sobre la tierra. Si nos preguntamos cuál es el significado del continuo trabajo del Señor como Sumo Sacerdote, la respuesta es: traer vida sobre la muerte, anular la operación y el reinado de la muerte espiritual.

El mayor conflicto de la iglesia es con la muerte espiritual. Cuanto más espiritual se torna un hombre, más consciente está él de la horrible realidad de esta batalla contra el poder maligno de la muerte. Ningún sacerdote o levita del Antiguo Testamento intentó jamás ser lírico o hablar en lenguaje poético sobre este asunto, como si la muerte fuese algún tipo de ami-

go. Oh, no, ellos sabían que la muerte es la gran enemiga de Dios y de todos Sus intereses.

Cuando las Escrituras hablan acerca de la muerte como el postrer enemigo, esto no sólo significa que es la última en la lista, sino que es el enemigo extremo, la expresión completa de toda enemistad. El efecto del sacerdocio es ilustrado reiteradas veces en la Palabra de Dios. Vemos a la muerte adentrándose a causa del pecado, y luego, a Dios interviniendo con su respuesta de vida por medio del sacrificio de sangre. La sangre habla de una justicia aceptada, y por medio de esto el sacerdote estaba habilitado para enfrentar la muerte, vencerla y ministrar vida.

Finalmente, oímos hablar del Señor Jesús, que encontró a la muerte en

¿Qué ministerio queremos nosotros? ¿Correr de un lado a otro asistiendo a conferencias, dando charlas, apoyando el trabajo cristiano? Todo eso puede ser parte, mas es de poco valor si no se encuadra en el contexto de la batalla sacerdotal contra la muerte: traer el impacto poderoso de la vida victoriosa de Cristo para enfrentar el desafío de la muerte.

la suma de toda su enemistad, la derrotó por medio del perfecto sacrificio de sangre de su propia vida, y luego dio inicio a su obra sacerdotal de ministrar vida a los creyentes.

El sacerdote es un hombre que tiene autoridad, aunque ésta sea espiritual y no eclesíástica. Él tiene poder con Dios. El apóstol Juan habla del caso de aquel que comete un pecado que no sea de muerte, y nos dice: *«pedirá, y Dios le dará vida...»* (1 Jn. 5:16). Esta referencia revela que un creyente que permanece fundado en la justicia por la fe mediante la sangre de Jesús puede ejercer el poder del sacerdocio en beneficio de un hermano que erró, y así ministrarle vida.

En verdad, no hay ministerio más necesario en la tierra hoy que este servicio tan vitalizante. Si nosotros ministramos verdades que no transmiten vida, estamos desperdiciando nuestro tiempo. Dios no nos comisionó para ser meros transmisores de información sobre las cosas divinas, o profesores de moralidad. Él nos libertó de nuestros pecados para que pudiésemos ministrar vida a otros en virtud de la autoridad sacerdotal.

Vivimos en un mundo donde reina la muerte. A diario, multitudes son arrastradas por una marea de muerte espiritual. ¿Por qué? Por causa de la injusticia. Es necesaria la actividad de aquellos que aceptarán sus responsabilidades sacerdotales, tanto pidiendo vida para otros como ofreciéndoles vida por medio del evangelio. Nosotros debemos ministrar a Cristo; no meras doctrinas sobre él, no meras palabras o mandamientos, sino el impacto vital de Cristo en términos de

vida. Así, todo creyente es llamado para posicionarse entre los muertos y los vivos, dando la respuesta de Cristo contra las actividades de Satanás.

No es de asombrarse que la potencia de Satanás estuviese en guerra con Israel, pues la presencia de esta nación relacionada correctamente con Dios proclamaba efectivamente que el pecado y la muerte no reinan universalmente en el mundo de Dios, sino que son enfrentados y vencidos por el poder de una vida justa e incorruptible. Al final, Israel perdió este testimonio y, en consecuencia, el ministerio sacerdotal.

Entonces surgió la iglesia, para dar continuidad a este ministerio, no siendo ya un pueblo localizado en un territorio, sino una comunidad espiritual esparcida por toda la tierra, un pueblo cuya suprema vocación es mantener la victoria de Dios sobre la muerte, conforme al testimonio de Jesús. Y, ¿cuál es el testimonio de Jesús? Es el testimonio del triunfo de la vida sobre la muerte. Así lo declaró Él mismo a Juan: *«Yo soy ... el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades»* (Ap. 1:18). Este testimonio fue confiado a la iglesia y de inmediato los discípulos lo presentaron poderosamente entre las naciones.

Lamentablemente, en varios aspectos, la iglesia hoy está fallando en su vocación sacerdotal. Ese elemento vital de la vida victoriosa parece estar faltando. Las cartas al inicio del libro de Apocalipsis muestran que Cristo no estaba satisfecho con las muchas buenas actividades, los trabajos celosos, las enseñanzas correctas y la persis-

tencia de las iglesias en la ortodoxia. Él intentó llamarlas de vuelta a su verdadera tarea de demostrar el poder de Su vida victoriosa en virtud de cualquier desafío.

¿Qué ministerio queremos nosotros? ¿Correr de un lado a otro asistiendo a conferencias, dando charlas, apoyando el trabajo cristiano? Todo eso puede ser parte, mas es de poco valor si no se encuadra en el contexto de la batalla sacerdotal contra la muerte: traer el impacto poderoso de la vida victoriosa de Cristo para enfrentar el desafío de la muerte.

El libro de Apocalipsis deja en evidencia que tal testimonio provoca la animosidad de Satanás; sin embargo, tal enemistad debería ser un elogio para nosotros, pues significa que nuestra vida está realmente haciendo diferencia para Dios. El día en que tú y yo ya no estemos envueltos en la batalla espiritual será un día malo, pues sig-

nificará que hemos perdido nuestra verdadera vocación y ya no estamos proveyendo un desafío real para la muerte espiritual, sino que estamos fracasando en lo que atañe al ministerio sacerdotal. Por otra parte, el doloroso antagonismo de las fuerzas del mal puede ser una prueba evidente de que estamos verdaderamente sirviendo como sacerdotes.

Examinemos todas las cosas por la vida, la vida que triunfa sobre el pecado, la vida que liberta de las cadenas, especialmente de la cadena del miedo, la vida que se expresa por medio del amor hacia los pecadores necesitados. Juan no sólo nos anima a orar por la vida, sino que nos asegura que Dios la dará en respuesta a tal oración: «...y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte».

¡Nosotros no debemos fracasar en nuestro ministerio sacerdotal!

* * *

Veneno con etiqueta

Cierta vez un oficial de la iglesia fue con el ministro para decirle: «Pastor, a nosotros los de la congregación nos gustaría que no hablara usted tanto, ni con palabras tan precisas, sobre el pecado. Pensamos que si nuestros niños lo oyen predicar con tanta frecuencia el asunto, más pronto llegarán a ser pecadores. ¿Por qué no llamarlo un «error»? o decir, simplemente, que muchas veces los jóvenes son culpables de mal juicio? Pero, por favor, no hable tan abiertamente del pecado.»

El ministro atravesó el cuarto, y de un alto estante tomó una botella de veneno y la mostró al visitante. La botella tenía una etiqueta con estas palabras en grandes letras rojas: «¡Veneno, no toque!». «¿Qué quiere usted que yo haga?», preguntó el ministro. «¿Piensa que sería mejor que quitara esta etiqueta clara, y pusiera otra que dijera: «Esencia de menta»? ¿No ve usted que cuanto más se suavice el nombre de la etiqueta, más peligroso se hace el veneno?»

El pecado, el mismo pecado de siempre, el que causó la caída de Adán, es lo que padecemos hoy día, y nos hará más daño que bien el tratar de disfrazarlo con una etiqueta atractiva y elegante».

Billy Graham, en Paz con Dios.

Una enseñanza práctica acerca del servicio de los miembros, dirigida a los hermanos que tienen responsabilidad en la obra y en las iglesias.

Todos deben servir



Watchman Nee

Ustedes tienen que laborar hasta que llegue el día en que todos los hermanos y hermanas se presenten para servir, el día en que todos los santos participen, todos sirvan a Dios, y cada uno sea un sacerdote. Entonces verdaderamente verán ustedes lo que es la iglesia.

Yo no sé si ustedes han visto este camino o no. Ustedes tienen que entenderlo. Todo depende de ustedes. Ustedes mismos deben darse a un cierto número de personas, y ellos a su vez deben darse a todos los hermanos y hermanas. Si ustedes no pueden hacer que todos los hermanos y hermanas se levanten para servir a Dios y para tomar la responsabilidad en los

asuntos de la iglesia, ustedes habrán fracasado totalmente, debido a que eso no sería la iglesia.

Ustedes necesitan mostrarles a los ancianos que no importa cuánto se esfuerzen, ellos son muy pocos para poder manejar los asuntos de la iglesia adecuadamente. Ellos solamente son sobreveedores y no deben tratar de hacer todo solos. Ellos no deben reemplazar a la iglesia haciéndolo todo; más bien, deben supervisar a la iglesia para que todo se haga. No es una cuestión de que lo hagan ellos mismos, sino de supervisar, observar, alentar, y enseñarles a hacerlo, y hacer que todos en la iglesia participen. En ese momento ustedes tienen la realidad de la iglesia.

Permítaseme decir algo que he dicho por muchos años. Hoy día tengo el sentir particularmente profundo al respecto. El número de personas que sirven determina el número de personas en la iglesia. De ahí que no debe haber mil o cinco mil hermanos en una localidad y solamente unos cuantos sirviendo. En un lugar, la cantidad de personas que prestan servicio es la cantidad de personas en la iglesia. El número de sacerdotes determina el pueblo de Dios. No debemos tolerar que ningún miembro carezca de función. Por favor, recuerde que usted, como miembro del cuerpo de Cristo, tiene una función. Si no entiende este principio básico, no hará un buen trabajo.

Hermanos y hermanas, hablando con franqueza, ustedes como obreros y colaboradores, no pueden hacer la obra. Eso no es el Nuevo Testamento, sino un sistema de sacerdotes. Nosotros no tenemos un sistema de sacerdotes, más bien, somos un cuerpo de sacerdotes. Cada uno es un sacerdote.

Los de un talento deben servir

Ustedes tienen el hábito natural de usar solamente a los que tienen dos talentos. La historia de la iglesia siempre ha sido así. Los que tienen cinco talentos pueden avanzar por sí solos; no hay necesidad de cuidarlos. Pero a los de un solo talento es muy difícil ayudarles. Una palabra o dos, y ellos entierran su talento de nuevo. Los de dos talentos, son los más disponibles. Tienen cierta habilidad, ellos pueden hacer las cosas bien, y no entierran sus talentos. Pero si ustedes solamente pueden usar a los de dos talentos, y no

pueden usar a los de un talento, han fracasado totalmente.

He dicho esto en Foochow, lo he dicho también en Shangai, y lo diré de nuevo hoy. ¿Qué es la iglesia? La iglesia es todos los de un talento que vienen a participar en el servicio de la iglesia, en la parte práctica y en la parte espiritual. No puede usted menear la cabeza y decir: «Este es inútil», y «Aquél es inútil». Si usted dice que éste es inútil y que aquél es inútil, la iglesia está acabada y usted ha fracasado totalmente. Si usted piensa que él es inútil, él verdaderamente será inútil. Usted puede decirle que de acuerdo a sí mismo, él por supuesto es inútil, pero que el Señor le ha dado un talento y desea que todos los de un talento salgan y negocien. El Señor puede usarlos. Si usted no puede usar a los de un talento, eso prueba que delante del Señor usted no puede ser un hermano con responsabilidad. Usted tiene que usar a todos los hermanos y hermanas que son «inútiles». Este es el trabajo de los hermanos que están en la obra. No deben usar solamente a los hermanos y hermanas útiles, sino que también deben hacer que todos los hermanos y hermanas inútiles sean útiles.

El principio básico es que el Señor no le ha dado a nadie menos de un talento. En la casa del Señor, no hay ni un solo siervo que no tenga un don; cada uno tiene al menos un talento y no puede tener menos de un talento. Nadie puede excusarse diciendo que el Señor no le ha dado un talento. Quisiera que ustedes se dieran cuenta de que todos los hijos de Dios son siervos delante de él. Si son hijos, son siervos

No admiro a aquellos que sobresalen. Me gustan los de un talento. El Señor podría darnos, en su gracia, más Pablos y más Pedros, pero no lo ha hecho. El mundo entero está lleno de hermanos y hermanas de un talento. ¿Qué haremos con esta gente? ¿Dónde los vamos a poner?

vos. En otras palabras, si son miembros, tienen un don; si son miembros, son ministros. Si pensamos que hay alguien a quien el Señor no puede usar, no conocemos nada de la gracia de Dios en absoluto. Debemos conocer la gracia de Dios tan profundamente que cuando Dios llame a alguien su siervo, nunca nos levantemos a decir que no lo es. Hoy día, si usted escogiese, tal vez seleccionaría a tres o cuatro de toda la iglesia. Pero Dios dice que todos son siervos. Ya que Dios dice esto, debemos dejarlos que sirvan.

Hermanos y hermanas, de ahora en adelante, si proseguimos en nuestra obra o no, y si esta obra tiene éxito o no, depende de lo que podemos decir hoy día de nuestra obra delante del Señor. ¿Hay solamente algunos trabajando? ¿Hay sólo algunos especialmente dotados haciendo la obra? ¿O todos los siervos del Señor participan en el servicio y toda la iglesia está sir-

viendo? Este es todo el problema. Si este problema no puede ser resuelto, no tenemos nada.

El cuerpo de Cristo no es una doctrina, sino algo viviente. Todos debemos aprender esto: solamente cuando todos los miembros funcionan, tenemos el cuerpo de Cristo. Sólo cuando todos los miembros funcionan, se tiene la iglesia.

Predicar el cuerpo de Cristo solamente es inútil; debemos dejar que el cuerpo trabaje y exprese sus funciones. Ya que es el cuerpo de Cristo, no debemos temer que le falten funciones. El Señor desea que cada miembro en cada localidad se levante y sirva.

Si tengo razón, de acuerdo a mi discernimiento, es posible que la hora haya llegado. Las cartas que he recibido de diferentes lugares y las noticias que he oído de todas partes indican que hoy en todas partes todos los santos están listos para presentarse a servir. Dios ha ido delante de nosotros; nosotros debemos seguirlo.

Es mi deseo que ni siquiera un hermano entre nosotros salga y en vez de guiar a los hermanos y hermanas a servir, los reemplace, siendo así un fracaso. Espero que cuando vaya usted a cierto lugar, al comienzo guíe a ocho o diez a que sirvan, y después de cierto tiempo ellos guiarán a sesenta, a ochenta, o a cien a que sirvan allí. Entonces en la siguiente visita que usted haga, tal vez vea mil o dos mil personas sirviendo. Esto es lo correcto. Si usted tiene que usar a los de cinco talentos reprimiendo a los de un talento, usted no es siervo del Señor. Usted debe hacer que todos los de cinco talentos se levanten y sirvan, y que

todos los de dos talentos se levanten y sirvan, y también deben hacer que todos los de un talento se levanten y sirvan. Debe hacer que se levanten y sirvan también aquellos que usted piensa que no son útiles. Así aparecerá la iglesia gloriosa.

En Foochow preferiría ver a todos los sencillos pueblerinos sirviendo, que a tres o cinco hermanos sobresalientes predicando. No admiro a aquellos que sobresalen. Me gustan los de un talento. El Señor podría darnos, en su gracia, más Pablos y más Pedros, pero no lo ha hecho. El mundo entero está lleno de hermanos y hermanas de un talento. ¿Qué haremos con esta gente? ¿Dónde los vamos a poner?

En este entrenamiento aquí en la montaña, si Dios trata verdaderamente con nuestro yo y con nuestro trabajo hasta tal punto que salgamos a proveer una manera para que todos los de un talento sirvan, por primera vez la iglesia comenzará a ver lo que es el amor fraternal, y Filadelfia aparecerá.

El servicio sacerdotal

Primeramente, debemos establecer el principio de que todos los hijos de Dios son sacerdotes que deben servir a Dios. Teniendo presente este principio, veamos cómo podemos guiar a todos los hermanos y hermanas a ser sacerdotes en una iglesia local.

En otras palabras, veamos qué clase de arreglos debemos hacer en el trabajo espiritual a fin de que todos los creyentes puedan participar en las cosas espirituales, tanto los nuevos creyentes como los que han conocido al Señor por muchos años. Necesitamos

ver cuáles cosas espirituales en una iglesia local pueden ser atendidas por los hermanos y hermanas.

Lo primero, es la predicación del evangelio. Lo segundo, visitar a los nuevos creyentes trayéndoles por el camino recto y mostrándoles cómo ser cristianos. Lo tercero, en la iglesia hay muchas otras necesidades. Algunos creyentes tienen dificultades en sus familias; algunos tienen enfermedades; otros sufren pobreza; otros tienen muertes u otros acontecimientos en sus familias. Esta gente también necesita el servicio y la ayuda de la iglesia. Podemos calificar tales servicios como visitas a los que están en situaciones especiales. Esta es otra cosa que pueden hacer todos los hermanos y hermanas. El cuarto asunto es el cuidado de los hermanos que se han mudado lejos, y de los que han llegado de otro lugar.

En la Biblia, la iglesia es una iglesia que predica el evangelio, una iglesia que visita a la gente, y una iglesia que cuida de otros. Es el cuerpo de Cristo en una localidad. En el cuerpo de Cristo no hay miembros inactivos. Si algún día pudiera haber un grupo de hermanos o incluso una iglesia entera, en la que todos sirven, todos cuidan de las cosas espirituales adecuadamente, todos toman responsabilidad, y todos están ocupados, entonces eso sería el verdadero cuerpo de Cristo.

Si hay una iglesia local con dos mil hermanos y hermanas, y solamente quinientos sirven, mientras mil quinientos no lo hacen, debería parecer algo extraño. Si hay quinientos hermanos y hermanas, deben ser, entonces, quinien-

tos los que sirven; de otra manera, los hermanos más responsables no podrán sobrellevar la carga.

El servicio levítico

Hay también otra área de servicio, el servicio levítico, que se refiere al servicio de los asuntos prácticos. En el Antiguo Testamento, los levitas lavaban los becerros, derramaban la sangre, llevaban fuera el estiércol, ayudaban a desollar las ofrendas y también transportaban los enseres del tabernáculo. Todas estas cosas son el servicio levítico.

Sin importar qué clase de asunto sea, todos deben poner las manos en ello. Hay muchas cosas que podemos considerar delante del Señor: el trabajo de la limpieza; el arreglo del salón y el trabajo de acomodar; la necesidad de encargarse del partimiento del pan y de los bautismos; dar a los pobres entre los incrédulos; cuidar de los pobres que hay en la iglesia; la recepción y envío de hermanos; la contabilidad; el servicio de cocina; la oficina del servicio; el servicio de transporte; el trabajo de oficina; la ayuda a los hermanas pobres en sus quehaceres domésticos.

Yo siempre espero que cada hermano y hermana tome carga por los asuntos prácticos. Nunca permita que exista una situación donde algunos tengan qué hacer mientras que otros no estén haciendo nada. El servicio de la iglesia siempre es para todos.

Hay que tratar con la carne de los de un talento sin prescindir de ellos

Si el Señor puede realmente abrirse paso en nuestro medio, el camino

que hemos tomado en los últimos diez, veinte o treinta años será completamente cambiado. El punto de vista de ustedes no puede ser el mismo de antes; tiene que ser quebrantado y aplastado.

Primeramente, no deben ustedes usar a un hermano solamente porque es útil ni dejarlo fuera si no lo es. En la iglesia ningún miembro debería ser dejado fuera. Esta no es la manera que usa el Señor. Hoy día, si el Señor ha de recuperar su testimonio, él debe hacer que todos los miembros de un talento se levanten.

Todos los que pertenecen al Señor son los miembros del cuerpo. Cada uno debe levantarse y debe estar en su función. Si éste es el caso, ustedes verán la iglesia. Hoy en día, mientras ustedes están aquí en la montaña, consideren cada lugar. Ustedes casi tienen que decir: ¿Dónde está la iglesia? ¿Dónde está Cristo? Parece que ni la iglesia ni el Señor están por ahí. Cuando salgan a trabajar, nunca desprecien a los miembros de un talento, nunca los reemplacen, nunca los repriman. Tienen que confiar en ellos de todo corazón. Ustedes deben hacer que ellos trabajen. Si Dios tiene la seguridad de llamarlos a ser siervos, ustedes también deben tener la seguridad de llamarlos a ser siervos.

En segundo lugar, en la iglesia no tememos a las actividades carnales. Dos líneas tienen que ser establecidas en la iglesia: una es la autoridad y la otra es el don. Todos los de un talento tiene que venir y servir, trabajar y dar fruto. Ustedes tal vez pregunten: «¿Si todos los de un talento aparecen con su carne y todo, qué haremos?». Déjenme decirles que la carne debe ser

tratada, y la manera de tratarla es usar la autoridad que representa a Dios.

El don y la autoridad son dos cosas completamente distintas; el don es el don y la autoridad es la autoridad. Los de un talento deben usar su don. Y con los que son carnales, ustedes deben hacer uso de la autoridad. Si un hermano permite que su carne interfiera mientras está trabajando, debe decirsele: «Hermano, eso no está bien. Usted no debe dejar que su carne interfiera». Díganle: «esa actitud es incorrecta. No permitimos que tenga esa actitud». Cuando le hablen de esa manera, al día siguiente probablemente se irá a su casa y desde entonces no hará nada más. Entonces ustedes tienen que buscarlo y decirle: «No, usted todavía tiene que hacer el trabajo». Es posible que la carne surja de nuevo, pero aun así ustedes deben dejar que haga el trabajo. Deben decirle de nuevo: «Usted debe hacer esto, pero no le permitimos que haga aquello». Siempre haga uso de la autoridad para tratar con él.

Esta es la mayor prueba. Una vez que el Señor use a los de un talento, la carne de ellos inmediatamente se inmiscuirá. La carne y «un talento» están unidos. Debemos rechazar la carne, pero tenemos que usar a los de un talento. La situación de hoy día es que

nosotros enterramos la carne, ellos entierran el talento, y la iglesia se queda sin nada. ¡Esto no puede ser! Tenemos que hacer uso de la autoridad para tratar con la carne, pero también tenemos que pedirles que manifiesten su talento. Tal vez digan: «Si trabajo, no está bien, y si no lo hago, tampoco está bien. Entonces ¿qué haré?». Ustedes deben decirles: «Por supuesto, que si trabaja e introduce la carne está mal; pero si no trabaja, también está mal porque entierra el talento. El talento debe entrar, pero no la carne».

En la iglesia, si puede mantenerse la autoridad y puede incluirse las funciones de todos los miembros, verá usted una iglesia gloriosa en la tierra y el camino de la restauración será fácil. No sé cuántos días más el Señor ha puesto delante de nosotros. Creo que nuestro camino será más y más claro. Tenemos que usar todo nuestro entendimiento y todas nuestras fuerzas para que todos los hermanos y hermanas se levanten a servir. Cuando ese tiempo llegue, la iglesia será manifestada, y el Señor regresará. Que el Señor sea misericordioso y tenga gracia para con nosotros, para que hagamos lo mejor.

(Extractos de un mensaje que el autor dio a obreros y colaboradores en China, en 1948).

* * *

Morir y vivir

Santificación, que es uno de los temas dominantes de la Biblia, es explicada de varias formas por lo que la enseñan. La definición más acertada, sin embargo, es aquella que a Pablo le gustaba tanto usar, que es la santificación como un proceso de morir y vivir, o de la mortificación y vivificación. La verdadera vida victoriosa es aquella en que Cristo crece, y el yo decrece.

Herbert Lockyer, en *À Maturidade*, N° 28, 1996.

El famoso apologista cristiano escribe sobre lo que significa ser

Calidad de miembros



C. S. Lewis

Para todo cristiano es inaceptable el epigrama que define la religión como «ocupación del hombre en sus momentos de soledad». Uno de los Wesley —me parece— señaló que el Nuevo Testamento desconoce absolutamente la religión solitaria. No podemos descuidar la necesidad de agruparnos. La Iglesia es la Novia de Cristo. En calidad de miembros, nos pertenecemos unos a otros.

El cristiano no está llamado al individualismo, sino a ser miembro del cuerpo místico. Ahora bien, para comprender de qué manera el cristianismo puede contrarrestar el colectivismo sin caer en el individualismo, el primer paso consiste en establecer las diferencias entre la colectividad secular y el cuerpo místico.

En primer lugar, tropezamos con

una dificultad en el plano del lenguaje. La expresión *calidad de miembro* nació en el cristianismo, pero el mundo se apropió de ella y ha quedado desprovista de significado. En cualquier libro de lógica encontramos el concepto de «miembros de una clase». Es importante destacar que los componentes de una clase homogénea constituyen en cierto modo lo contrario de la idea de San Pablo. Para él, *miembros* (ἰᾶεç) significaba lo que nosotros entendemos por *órganos*, es decir, elementos esencialmente distintos y complementarios entre sí, que difieren no sólo en su estructura y función, sino también en su dignidad.

Así, en un club, el comité y el personal de servicio, enfocados como totalidades, son «miembros», y lo que nosotros llamamos miembros del club

son meras unidades. Una fila de soldados vestidos con el mismo uniforme y adiestrados de idéntica manera o un grupo de ciudadanos inscritos para votar en un distrito electoral no constituyen miembros en el sentido paulino. Al considerar 'miembro de la Iglesia' a un individuo, probablemente no estamos aludiendo al concepto paulino, sino sólo a una unidad o un componente de un tipo X, Y ó Z de cosas.

La estructura de la familia nos muestra la diferencia entre la verdadera calidad de miembro de un cuerpo y la inclusión en una colectividad. El abuelo, los padres, el hijo mayor, el niño, el perro y el gato son en realidad miembros (en el sentido orgánico), porque no constituyen unidades de una clase homogénea, es decir, no son intercambiables. Cada persona es una especie en sí misma. La madre no es sólo distinta de la hija, sino un tipo de persona diferente. El hermano mayor no es una simple unidad dentro de la clase de los niños, sino una individualidad específica. El padre y el abuelo son casi tan diferentes entre sí como el perro y el gato. Si suprimimos unos de los miembros, no sólo estamos reduciendo el número de integrantes de la familia: hemos alterado su estructura. Su unidad está constituida por seres diferentes, casi incommensurables.

La sociedad a la cual ingresa el cristiano con el bautismo no es una entidad colectiva, sino un Cuerpo. En realidad, la familia es la imagen de este Cuerpo en el plano natural. Es inadecuado el enfoque moderno, que identifica a los miembros de la Iglesia con una agrupación de personas semejante a un conjunto de monedas o fichas,

y podemos rebatirlo con facilidad señalando que la cabeza de este Cuerpo es distinta en grado sumo a sus miembros inferiores y sólo por analogía existen atributos comunes.

Desde el principio hemos sido llamados a unir nuestra condición de criaturas con un Creador, de seres mortales con lo inmortal, de pecadores redimidos con un Redentor inmaculado. Su presencia, la interacción entre él y nosotros es, en todo momento, el factor predominante de nuestra vida en el Cuerpo, y cualquier concepción de la comunidad cristiana carece de sentido si la comunión con Él no constituye el elemento primordial.

Con esta idea, parecería trivial analizar con mayor detención la diversidad de funciones implícita en la unidad del Espíritu, pero es evidente que existe un permanente intercambio de ministerios, con formas muy sutiles, que no pueden manifestarse en el plano oficial. En todo momento estamos enseñando y aprendiendo, perdonando y siendo perdonados, representando al hombre ante Cristo cuando intercedemos y siendo representados

Una fila de soldados vestidos con el mismo uniforme y adiestrados de idéntica manera o un grupo de ciudadanos inscritos para votar en un distrito electoral no constituyen miembros en el sentido paulino.

cuando otros interceden por nosotros.

A diario debemos sacrificar nuestro deseo egoísta de retraimiento, pero también día a día somos compensados con creces por el auténtico crecimiento de la personalidad, estimulada por la vida del Cuerpo. Cada miembro está integrado con los demás y todos llegan a ser tan diferentes entre sí

como la mano y el oído. Por ese motivo, las personas mundanas son tan tediosamente parecidas en comparación con la maravillosa diversidad de los santos. La obediencia es el camino de la libertad; la humildad, el camino del placer; y la unidad, el camino de la personalidad.

(Fragmentos).

* * *

Con una vez basta

«¡Apedréenlo!». La orden fue dada en forma seca y terminante. Era el antiguo suplicio bíblico que sufrieran muchos hombres y mujeres culpables, como también muchos inocentes. Era un suplicio bárbaro, que prolongaba la muerte de la víctima en medio de crueles golpes, horribles dolores y espantoso terror.

Ciento sesenta guardias iraníes arrojaron a una zanja a Amín Rahmati, de veinticuatro años de edad, y comenzaron a lanzar piedras sobre él. Le habían arrojado ya más de ochenta, cuando el joven, con un alarido más de fiera que de hombre, saltó de la zanja y echó a correr, desesperado.

La ley islámica es explícita. Ella declara que si un condenado a lapidación logra escapar del suplicio, no podrá volver a ser castigado de nuevo, aunque sea culpable. Las palabras de esta ley, en el idioma islámico, rezan así: «Con una vez basta».

Es un principio jurídico, adoptado por las leyes de casi todos los países del mundo, que no se puede castigar dos veces a una persona por el mismo delito. En este caso, Amín Rahmati era culpable del delito de trata de blancas.

Pero cuando pudo escapar al suplicio, sangrante, amoratado, desgarradas las ropas y la carne, a punto de morir, la ley que lo había condenado también lo protegía.

Dios usa el mismo principio de justicia. Él nunca aplicará dos veces el mismo suplicio por el mismo delito. Una vez que el criminal ha sido condenado, no puede ser juzgado de nuevo por el mismo crimen.

Ahora bien, Dios, movido por su infinita gracia y misericordia, ya castigó todo el pecado de todo la raza humana. Ese castigo lo pagó Jesucristo en la cruz del Calvario. Esa, por cierto, fue la razón de la cruz. Y como Dios no aplica el mismo castigo una segunda vez, el delito suyo y el mío, el delito de todo ser humano, ya sea de esta o aquella raza, religión, de esta o aquella era, y de este o aquel lugar, ya fue castigado en la persona de Jesucristo, cuando Cristo murió crucificado.

Es por esta razón de justicia divina que cada hombre y cada mujer pueden recibir perdón gratuito, eterno y perfecto de todos los pecados que él o ella han cometido. El precio ya está pagado. La culpa la llevó Cristo. Lo único que nosotros tenemos que hacer es aceptar a Cristo como nuestro Redentor.

Epístola a los Filipenses.



Viendo a Cristo

en la experiencia cristiana

Stephen Kaung

Lecturas: Filipenses 1:21; 2:5-8; 3:13, 14; 4:13.

La carta a los Filipenses nos muestra la profundidad del vivir cristiano. En Efesios nos es mostrado el punto culminante de la enseñanza, y nada puede estar en una posición más elevada que la enseñanza que nos es dada en Efesios – el eterno propósito de Dios, el cual es Cristo Jesús.

La voluntad de Dios es que su Hijo tenga preeminencia sobre todas las cosas, que todo converja hacia él, que él sea todo en todos. No hay una enseñanza más alta que esa. Y cuando llegamos a la carta a los Filipenses, llegamos a las profundidades mismas del vivir cristiano, porque está escrito: «Para mí el vivir es Cristo». ¿Puede existir una vida más profunda que esa?

Estas dos epístolas fueron escritas por

una misma persona, Pablo, lo cual nos demuestra que la enseñanza y la vida son inseparables. Nosotros necesitamos de la enseñanza; sin embargo, la enseñanza sin la vida es apenas una teoría. Vivir sin la enseñanza apropiada es vivir de una manera limitada e indisciplinada. Damos gracias a Dios, porque tenemos la carta a los Efesios y la carta a los Filipenses, una al lado de la otra. Necesitamos de la enseñanza y de la vida.

En la carta a los Filipenses, veremos a Cristo en nuestra vida diaria, es decir, veremos a Cristo en la experiencia cristiana. De todas las cartas escritas por el apóstol Pablo a la iglesia, ésta es la más íntima.

Al leer Hechos 16, sabemos que Filipos fue el primer lugar en Europa don-

de fue predicado el evangelio. Antes de eso, el evangelio había sido proclamado en Jerusalén, en Samaria y en Asia. Entonces el Espíritu Santo condujo a Pablo a través del mar Egeo, y Filipos fue el primer lugar donde el evangelio de Jesucristo fue anunciado en Europa. Allí el Señor reunió a un grupo de creyentes en el nombre de Jesús, y en la iglesia de Filipos se estableció una relación íntima con el apóstol Pablo.

Cuando escribió su carta a los Filipenses, habían transcurrido diez años desde que él estuviera con ellos por primera vez. A lo largo de esos años, ellos mantuvieron una relación muy estrecha. Ahora, Pablo estaba preso en Roma, desde donde les escribe a aquellos a quienes amaba tan profundamente. Filipenses es, por tanto, una carta de amor.

Aunque esta carta contenga una profunda enseñanza acerca de Cristo (por ejemplo, en Filipenses 2), ella es básicamente un compartir de amor, una comunión. Entre todas las cartas escritas por el apóstol, hay dos que revelan más claramente su personalidad. Una es la 2ª carta a los Corintios, y la otra es Filipenses. En la 2ª a los Corintios, Pablo se nos muestra como persona, y el énfasis está en la autoridad espiritual; pero en Filipenses el acento está en el amor. Así, pues, vemos que en esta carta Pablo se revela a los santos de Filipos, y revela asimismo el secreto de su vida como cristiano.

La vida está compuesta de experiencias. Aquello que experimentamos cada día es lo que, en definitiva, constituirá nuestra vida. Es más que un mero saber; es un conocimiento vivencial. El conocimiento al que se refiere la Biblia es la *epignosis*, que significa un conocimiento pleno y experimental.

El conocimiento de Jesucristo no es

un conocimiento teórico, especulativo; al contrario, es pleno y experimental. Por tanto, conocer a Cristo no es simplemente acumular informaciones con respecto a él. Conocer a Cristo es experimentarlo. Cuanto más experimentas a Cristo, más profunda se torna tu vida cristiana.

Sabemos que, cuando Pablo escribió esta carta a los Filipenses, estaba preso en Roma por amor del evangelio. Aunque se le permitió vivir en una casa alquilada, era vigilado en forma permanente. Se cuenta que, mientras él estaba preso en Roma, durante las veinticuatro horas, había un soldado de la guardia imperial encadenado a él. Nunca tenía privacidad – los ojos del guardia estaban siempre sobre él.

Pablo estaba esperando ser juzgado por el emperador; en aquella época, era Nerón. Nunca sabía cuando habría ocasión de tener una audiencia; tenía que aguardar cuando el emperador se dispusiera a oírlo. Pablo permaneció allí por dos años. Todo era incierto; no había nada definido. Él desconocía lo que iba a acontecer después de eso. Pablo, una persona muy activa, ahora estaba confinado a su residencia; no podía viajar, no podía salir a encontrarse con las personas. Vivía, por tanto, una vida muy restringida, confinada.

El mismo Pablo dice que, mientras él estaba preso, todos sabían que él estaba preso, no por haber cometido delito, sino por causa del evangelio de Cristo. Ese mismo hecho estimuló a algunos cristianos a predicar el evangelio por amor; otros, en cambio, predicaban por envidia. No se sabe con certeza quiénes eran estas personas. Es probable que fuesen judaizantes, los cuales siguieron a Pablo durante toda su vida; o quizás fuesen otras personas. Sin embargo, no importa quiénes eran ellos realmente. Estas personas

no predicaban por causa de Cristo, sino con el propósito de aumentar la aflicción del apóstol Pablo.

Si nosotros estuviésemos viviendo en esas circunstancias, ¿cuál sería nuestra actitud? Es probable que estaríamos abatidos por todas esas adversidades. Pablo, en cambio, no estaba abatido. El triunfó por sobre todas ellas, y escribió una de las cartas más alegres de la Biblia. En su carta a los Filipenses, él menciona en forma reiterada la expresión ‘regocijaos’, y esta expresión, o palabras equivalentes, se repiten dieciséis veces en esta breve epístola. Él estaba rebosante de gozo, y podía compartir ese regocijo con sus hermanos filipenses.

La vida es vivida en muchas y diferentes situaciones. No vivimos en un vacío, sino que enfrentamos diversos tipos de circunstancias. Algunas personas llegan a afirmar que nosotros somos el producto de aquello que vivenciamos; pero, ¿es eso verdad? De hecho, estamos más cercanos a la verdad si decimos que somos el producto de nuestras reacciones a las situaciones.

¿Cómo reaccionamos ante nuestras circunstancias? Ellas varían con mucha frecuencia; son como las cuatro estaciones. A veces, estamos en primavera, otras en verano, otras, en otoño o invierno. Sin embargo, nosotros creemos que todo lo que acontece en nuestras vidas es ordenado por Dios. Dios gobierna las situaciones y tiene dominio sobre ellas. Es verdad que a menudo las circunstancias que nos envuelven son causadas por el adversario, pero es Dios quien le da la autorización para ello.

Nuestro Señor Jesús dijo: «*No temáis ... pues aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados*». Cada mañana, al peinarnos, perdemos algunos cabellos. Es probable que nunca hayas contado

cuántos cabellos cayeron y de seguro no sabes cuántos cabellos tenías originalmente. Sin embargo, nuestro Señor Jesús dice: «Aun vuestros cabellos están enumerados» – No sólo contados, sino enumerados. Cada cabello en tu cabeza tiene un número, y por la mañana, cuando te peinas, tal vez hayan caído los cabellos número 1003 y 1800. Dios sabe exactamente el número del cabello que cayó de tu cabeza. Es un detalle muy pequeño e insignificante, algo a lo cual los hombres ni siquiera prestan atención; mas nuestro Padre celestial está atento a todas las cosas. Tal es el cuidado que nuestro Padre tiene para con nosotros.

El Señor dice: «*¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos?*». Esos pajarillos costaban tan poco que por dos monedas podrías comprar cinco de ellos. En verdad el dinero correspondía al precio de cuatro pajarillos, pero tú recibías cinco. O sea, el ave extra era gratis. El Señor estaba diciendo que aquel pajarillo extra no valía nada. Sin embargo, aun así, ni siquiera una de aquellas avcillas que nada valía podía caer en tierra sin que Dios lo supiera. «*Más valéis vosotros que muchos pajarillos*». Este es el amoroso cuidado que tiene nuestro Padre para con nosotros.

Recuerden, por tanto, que es este Padre celestial quien ordena todas nuestras circunstancias. Sean ellas favorables o adversas, están todas bajo el control de nuestro Padre celestial. Él nos coloca en determinadas situaciones con un único objetivo – para que en ellas podamos conocer a Cristo. Él quiere que descubramos el secreto del vivir cristiano. Las circunstancias son oportunidades para que aprendamos a Cristo.

Es interesante notar que dos personas pueden enfrentar situaciones semejantes y, sin embargo, tener reacciones

totalmente diferentes. Por ejemplo, Abraham y Lot. Ambos dejaron juntos Ur de los caldeos, fueron juntos a Canaán, descendieron juntos a Egipto, y juntos retornaron a Canaán. Enfrentaron idénticas circunstancias, ¡pero tuvieron un final tan diferente!

Otro ejemplo es David y Saúl. Ambos enfrentaron las más diversas circunstancias, pero Saúl fracasó en medio de la prosperidad, en tanto que David tuvo éxito en medio de la adversidad. No pensemos que ambientes o circunstancias favorables producirán siempre una vida calificada. No son las circunstancias las que determinan – el secreto está en nuestras reacciones. Este es el secreto de la vida interior. Si te apropias de este secreto, podrás encontrarte en cualquier situación, y el resultado será crecimiento, será una experiencia más profunda de Jesucristo.

Pablo estaba en una situación muy humillante; pero los cristianos de Filipos estaban libres. Sus circunstancias eran mucho mejores que las de Pablo. Sin embargo, ellos estaban perturbados, porque estaban enfrentando algunos pequeños problemas. Dos hermanas destacadas entre ellos, que amaban al Señor, de alguna manera empezaron a disentir, haciendo que un clima desagradable envolviere a toda la asamblea. Con eso, ellos perdieron el gozo. Ellos fueron dominados por las circunstancias; en cambio, Pablo, estaba por sobre las circunstancias. ¿Cuál era el secreto?

El secreto de la victoria

Pablo abrió su corazón a aquellos hermanos y hermanas a quienes amaba. Él quería decirles que, para enfrentar todas las circunstancias, había un secreto. Si ellos conocían aquel secreto, entonces las situaciones externas perderían toda

Si tú vives por medio de tus propias fuerzas, no importa quién seas, jamás podrás vencer a las circunstancias. Tarde o temprano, las circunstancias te derrotarán. Puedes vivir algún tiempo basado en tus propias fuerzas, inteligencia, sabiduría o voluntad; sin embargo, llegará un punto en que descubrirás que tus circunstancias son mayores de lo que puedes soportar.

relevancia. Lo importante es conocer ese secreto. ¿Cuál es el secreto? Pablo lo reveló: «Para mí, el vivir es Cristo».

Pablo no dijo: «Yo soy el Cristo». Pablo tampoco dijo: «Para mí, el vivir es para Cristo». Aunque esto último ciertamente es verdad. Nosotros vivimos para Cristo. Si no estamos viviendo para Cristo, ¿para quién vivimos? No hay nada por lo cual valga la pena vivir. Sin embargo, no es eso lo que Pablo está diciendo en ese versículo.

Pablo no dice: «Para mí, tengo esperanza que el vivir sea Cristo». Si él hubiese dicho eso, estaría diciendo que esta era su esperanza, su anhelo. Pero Pablo está declarando un hecho: «Para mí, el vivir es Cristo». Yo no soy Cristo; mas, para mí, el vivir es Cristo, porque no soy yo, sino Cristo, quien vive en mí. La explicación para ese versículo está en Gálatas 2:20: «*Con Cristo estoy junta-*

mente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí».

Amado hermano, si tú vives por medio de tus propias fuerzas, no importa quién seas, jamás podrás vencer a las circunstancias. Tarde o temprano, las circunstancias te derrotarán. Puedes vivir algún tiempo basado en tus propias fuerzas, inteligencia, sabiduría o voluntad; sin embargo, llegará un punto en que descubrirás que tus circunstancias son mayores de lo que puedes soportar. Porque nadie es capaz de vivir la vida cristiana en este mundo – ni siquiera Pablo.

Hay sólo una forma de enfrentar todas las situaciones, sean ellas fáciles o difíciles, buenas o malas, prósperas o adversas, de necesidad o de abundancia. Hay sólo una manera de vivir la vida cristiana, y esta es teniendo la revelación: «No más yo, sino Cristo». Yo sé que no puedo vivir la vida cristiana; sé que no puedo enfrentar todas las circunstancias en el mundo; sé que si hago esto, tarde o temprano, fracasaré. Gracias a Dios, cuando Cristo murió en la cruz, Dios me puso en él y me crucificó con él. Pablo reconocía ese hecho.

Hermanos, ¿saben ustedes que Dios ya pronunció su veredicto sobre ustedes, y que ese veredicto fue cumplido hace dos mil años atrás en la cruz del Calvario? El veredicto es que tú debes morir, porque no eres digno de vivir. Tú no puedes ser reformado, mejorado, cambiado. Dios dice que tú estás acabado. «Yo acabé contigo en el Calvario. Cuando Cristo murió, tú moriste en él y con él». ¿Aceptas eso? ¿O piensas que eres demasiado bueno o demasiado poderoso para morir?

¿Tú piensas que aún puedes vivir? Si

piensas así, entonces, no aceptarás este hecho. En cambio, si reconoces que en ti, esto es, en tu carne, no mora el bien, que no hay ninguna fuerza en ti, que no puedes hacer eso porque está fuera de tu alcance, entonces eso es lo más natural y lo mejor que puedes hacer. Declara como Pablo: «Estoy crucificado con Cristo, ya no vivo yo». Entonces, ¿quién está viviendo? «Es Cristo quien vive en mí».

Esa es la razón por la cual Pablo dice: «Para mí el vivir es Cristo». Sí, estoy viviendo algunas circunstancias; pero ya no soy yo el que vivo, es Cristo quien vive en mí. Él está viviendo su vida a través de mí, y ninguna situación es demasiado difícil o desagradable para Cristo. Esa es la vida de resurrección; es vida que nace de la muerte, y ella siempre nos conduce hacia lo alto, nunca hacia abajo. «Para mí el vivir es Cristo».

Amados hermanos, ¿hemos descubierto ese secreto? Bastaría que estuviésemos conscientes de eso, y entonces, día a día, nuestros ojos serían abiertos y podríamos elevar nuestros corazones al Señor y decir: «Gracias, Señor, por un día más de vida. Gracias por las circunstancias que voy a vivir en este día; pero no soy yo, sino Cristo quien vive». Si sólo te afirmas en ese hecho cada día ¡cuán diferente sería tu vida! No hay nada imposible para él. No mires las circunstancias, mira a Cristo, no culpes a las circunstancias; si tienes a Cristo, las circunstancias le servirán.

«Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (Rom. 8:28).

Se cuenta la historia de un talentoso joven llamado Agustín. Antes de ser salvo, cuando tenía cerca de veinte años de edad, el llegó a ser maestro de Retórica, ocupando la más alta posición como pro-

fesor en una universidad de su época. Él vivía en el libertinaje, cometiendo muchos pecados. Pero un día, gracias a Dios, él fue salvo. Después de eso, en cierta ocasión, mientras caminaba por una calle, oyó tras él una voz femenina llamándole por su nombre. Él no se volvió para mirar quién era, pero finalmente la mujer lo alcanzó, y mirándolo de frente, le dijo: «Agustín, ¿no me reconoces?». A lo cual él respondió: «¿Con quién habla usted? Aquel Agustín que usted conoció está muerto».

Hermanos, este es el secreto: «Para mí el vivir es Cristo». No obstante, a menudo tú podrás aún pensar: «Sí, es verdad que tengo la vida de Cristo en mí. Sé que Cristo vive en mí. Entonces, ¿por qué aún siento que soy yo quien vive y no Cristo? ¿Cómo puedo liberar su vida en mí? ¿Qué es lo que impide eso? ¿Existe alguna llave que abra la puerta de modo que la vida de Cristo pueda salir en lugar de la mía?». ¡Sí! Y es por eso que Pablo hablará con respecto a la mente de Cristo en el capítulo 2 de su carta a los Filipenses.

La liberación de la vida

«*Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús*» (Flp. 2:5). La vida puede ser liberada o prisionada a través de la mente. Es como un grifo de agua en la casa. El estanque puede estar lleno, pero si la llave está cerrada, el agua no saldrá. Es necesario abrir la llave para que el agua pueda salir.

Lo mismo acontece con la vida cristiana. Todos nosotros tenemos un depósito en nuestro interior. Cristo, nuestra vida, es nuestro depósito, nuestro depósito inescrutablemente rico y abundante. Un depósito infinitamente grande que jamás se agotará. Hay, no obstante, sólo una cosa que impide que ese depósito

derrame su contenido; hay algo que lo cierra. Todo lo que necesitas hacer es abrir el grifo. Y este grifo es tu mente.

Podemos entender mejor este hecho con ayuda del libro de Romanos. La carta a los Romanos puede ser dividida en dos partes. En los capítulos 1 al 11 encontramos las misericordias de Dios. ¡Dios ha hecho tanto por nosotros en Cristo Jesús! En verdad, lo ha hecho todo por nosotros en Cristo Jesús. Si quieres tener perdón de tus pecados, es en Cristo Jesús. Si quieres tener victoria sobre el poder del pecado, está en Cristo Jesús. Si deseas vivir una vida santa, está en Cristo Jesús. Todo está en él. Dios, en sus misericordias, te ha dado a Cristo. Este Cristo está en ti, y todas las bendiciones en los lugares celestiales están en él y en ti.

Romanos 12 al 16, por otra parte, nos habla de la vida práctica. Después de haber recibido todas las misericordias de Dios y tenerlas almacenadas dentro de nosotros, entonces debemos dejarlas fluir hacia fuera, para la gloria de Dios.

Sin embargo, entre los capítulos 11 y 12 hay una etapa de transición. Todo lo que le antecede se refiere a aquello que Dios hizo por ti en Cristo Jesús. Podemos percibir eso al leer Romanos 12:1-2: «*Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*».

Tú tienes la vida de Cristo en ti mismo. Sin embargo, esta vida necesita ser liberada. Pero, ¿cómo se puede hacer eso? Por la renovación de tu mente. Tal vez hayas oído la afirmación de un filósofo

griego que dijo: «El hombre es aquello que él piensa», es decir, tu modo de pensar está muy relacionado con aquello que tú eres. ¿Con qué tienes ocupada tu mente? ¿Qué piensas que es lo importante? ¿Cuál es tu sistema de valores? Tu punto de vista, el modo como ves las cosas, todo eso está íntimamente relacionado con tu forma de vida. Tú tienes una vida en ti mismo, pero, ¿cómo vas a vivir esa vida? Eso está íntimamente relacionado con tu mente.

Amados hermanos, incluso después de haber sido salvos y haber recibido una nueva vida en nosotros, nuestra mente aún es la mente antigua, todavía piensa del mismo modo que piensan las personas del mundo. Nuestras mentes necesitan ser renovadas, pero, ¿cómo se hace eso?

Dios ya lo hizo todo por nosotros al darnos a su amado Hijo, y en su vida tenemos todo lo que necesitamos. Hay, no obstante, una cosa que Dios no hace, ni va a hacer por ti. Sólo tú puedes presentar tu cuerpo en sacrificio vivo. Aunque Dios te haya comprado al precio de la sangre de su amado Hijo, y tú, por derecho, le perteneces a él, Dios nunca fuerza a nadie. Él desea un servicio voluntario.

¿Qué es un sacrificio? Es algo dado a Dios para que él lo consuma. Es por eso que el sacrificio también es llamado alimento – alimento de Dios. Dios debe quedar satisfecho con el sacrificio. Así, pues, hoy, aquellos que pertenecemos al Señor, debemos ser un sacrificio vivo. Cada día que vivimos, vivimos para su satisfacción. Estamos viviendo en esta tierra por causa de Dios, para su satisfacción, para su voluntad, para su propósito. Lo que necesitas darle a él eres tú mismo. ¡Eso es maravilloso!

Cuando presentas tu cuerpo en sacri-

ficio vivo para Dios, algo ocurre en tu mente. El Espíritu Santo va a renovar tu mente de tal forma que pasarás a ver las cosas de modo diferente. Aquello que apreciabas tanto antes, ahora pierde todo su valor, o aquellas cosas que despreciabas, de pronto se tornarán preciosas.

Podemos entender mejor esa cuestión a través de la vida de Pablo. Antes de conocer al Señor, Pablo se gloriaba en su linaje. Él era judío de la tribu de Benjamín, la cual nunca se había rebelado. Había sido circuncidado al octavo día según la ley, y educado para ser un fariseo. De acuerdo con la justicia que era según la ley, él era irreprensible. Él dijo: «Viví como fariseo».

Sin embargo, después que Pablo entregó su vida al Señor, ¿qué aconteció? Él dijo: *«Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo»*. Eso es una mente renovada.

Nosotros necesitamos tener una mente renovada; mas, para eso, algo necesita ser hecho – presentar nuestros cuerpos en sacrificio vivo. Tienes que entregarte a Dios. Necesitas renunciar a cualquier derecho sobre tu vida, y permitir que Dios dirija tu vida, y si lo haces así, el Espíritu Santo hará la obra de renovación de tu mente. Sólo entonces descubrirás que el grifo está abierto.

Cuando tu mente está renovada, ¿qué ves? Veras que en ti mismo, esto es, en tu carne, no mora bien alguno. Por tanto, Dios es justo al crucificar tu carne con Cristo. Tú aceptas eso, y con una mente renovada, comienzas a ver que debes continuar luchando. Cristo vive en ti. Si

Cristo vivió una vida gloriosa cuando estuvo en la tierra, ¿por qué no dejarlo vivir otra vez en ti, a través de ti? La mejor cosa que puedes hacer es dejarlo vivir a él, y la vida será liberada.

Corriendo hacia la meta

Esta vida no es estática. Es una vida en constante crecimiento, y por eso Pablo dijo: «... *no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús ... prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús*».

Esa vida es emocionante. Ella está en constante progreso para conocer a Jesucristo, « y el poder de su resurrección y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos». Es estar continuamente ganando a Cristo, y a medida que experimentas más de Cristo, más profunda se torna tu vida cristiana.

A menudo, utilizo una ilustración que, aunque no es muy buena, ayuda a comprender ese punto. Cuando yo era niño, había en Shangai una carrera de cachorros galgos. Yo nunca asistí a una de ellas, pero contaban que no se conseguía hacerlos correr si no se les proporcionaba algo para perseguir. Por esa razón, utilizaban un conejo eléctrico. Cuando accionaban ese conejo, todos los cachorros lo perseguían tratando de alcanzarlo. De esa forma se lograba que los cachorros corriesen velozmente.

Algunas veces siento que nuestra vida cristiana es algo semejante. Estamos constantemente corriendo; pero no se puede correr sin objetivos, sin una meta

definida. Entonces, aquí descubrimos que Cristo es nuestra meta. Él es no sólo la vida dentro de nosotros, sino también algo fuera de nosotros que estamos intentando alcanzar. Lo interesante en este caso es que, aunque nunca logremos alcanzarlo, nunca quedaremos decepcionados. Entonces, de tiempo en tiempo, tú descubres que él permite que lo alcances, pero, después que eso acontece, de pronto él ya corre adelante y tú necesitas correr de nuevo.

Esa es la vida cristiana, y por esa razón Pablo dice: «...*no pretendo haberlo ya alcanzado...*». Sí, él ya había alcanzado mucho, pero todavía dice: «Él está delante de mí. Tengo que andar en pos de él, olvidando las cosas que quedaron atrás». Ese es el vivir cristiano. Es una vida vivida por Cristo, una vida corriendo tras él – una vida gloriosa.

El inicio del vivir en Cristo

Nuevamente preguntamos: ¿Cómo entramos en ese tipo de vida cristiana? No es un vivir natural. Tú necesitas ser enseñado, necesitas entrar en ese modo de vivir. Pablo dijo: «Yo fui enseñado en ese tipo de vida: sé estar satisfecho y sé pasar hambre; sé vivir en la riqueza y sé vivir en la adversidad. Fui enseñado con respecto a estas cosas». Y dijo: «*Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*».

¿Quieres aprender a vivir de esta forma? ¿Deseas ser capaz de declarar: «*Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*»? ¿Cómo? Es a través de experiencias y circunstancias. Dios proveerá situaciones para que tú puedas aprender a vivir en Cristo – en toda la suficiencia de Cristo.

Podemos decir que Pablo empezó a aprender esa lección en 2ª Corintios 12. Pablo tenía un aguijón en su carne, y a menudo le oímos decir que no era un aguijón pequeño. Esto lo debilitaba y lo

avergonzaba; le era un impedimento en la predicación del evangelio de Jesucristo, y por esa razón, él oró tres veces: «Oh, Dios, retira esta estaca. Tú puedes hacerlo. Cambia mis circunstancias para que yo pueda ser fuerte». Sin embargo, Dios le respondió: «Bástate mi gracia» (2 Co. 12:9a).

En lugar de retirar la estaca o cambiar las circunstancias, lo que Dios hizo fue conceder a Pablo la gracia suficiente para que él pudiese superar las circunstancias. Es como dice nuestro hermano Watchman Nee: «A veces, Dios puede retirar la roca, de modo que la barca pueda navegar sin impedimento, y otras veces, él puede elevar el nivel de las aguas, de tal forma que la barca pueda navegar sin chocar contra las rocas». En esa situación de Pablo, descubrimos que Dios dijo: «Yo no voy a retirar la estaca, voy a

elevar el nivel del agua; bástate mi gracia». Y Pablo aprendió este secreto: «*Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*».

Hermanos, no desprecien sus circunstancias. No murmuren contra ellas. No oren siempre para que Dios cambie sus circunstancias. A veces, él hace eso, pero asuman esas situaciones como oportunidades a través de las cuales ustedes podrán experimentar a Cristo. Si tú aprendes a experimentar a Cristo en una determinada circunstancia, cuando viniere la próxima, ya habrás aprendido esa lección, y serás capaz de superarla, y pasarás a conocer a Cristo en tu vida diaria.

Esa es la carta a los Filipenses. Pablo nos comparte el secreto del vivir cristiano. Que nosotros podamos aprenderlo.

(Tomado de «Vendo Cristo no Novo Testamento», Tomo III).

* * *

Chesed

La palabra misericordia en la lengua hebrea es «Chesed». No hay una sola palabra en español para traducirla. Puesto que no tenemos una palabra para ella, nuestra cultura gentil no tiene concepto de lo que representa. Hay muchas palabras diferentes que se usan para tratar de traducirla: misericordia, amor, bondad, fidelidad, lealtad, y la lista sigue. «Chesed» es el amor y la fidelidad de Dios para ser, o proveer, lo que sea necesario para hacernos entrar en la tierra de sus promesas.

Charles Simpson, en Conquista cristiana

El valor de un alma

Los angolanos despreciaban tanto a sus esclavos que a veces trocaban veinte y más de ellos por un perro de caza... Pero Cristo prefiere el alma de uno de sus siervos a todo el mundo, puesto que murió para que estuvieran en condiciones de entrar en la felicidad eterna.

Por haber roto un vaso, un romano echó a su esclavo en el estanque para que lo devoraran las pirañas. Pero el Hijo de Dios descendió del cielo a la tierra, para librar a la Humanidad -sus siervos infieles, ingratos y viles- de los colmillos de la serpiente, y salvarlos como a Jonás de la ballena. ¿No es su sangre preciosa a su vista?

Thomas Le Blanc

CARTAS

Alimento sólido

Doy gracias a Dios por su página, de enorme bendición para mi vida. Cuando tengo oportunidad, la recomiendo a otros hermanos. Doy gracias a mi Padre Celestial por esa nueva revelación que nos da de su Palabra, haciendo que gocemos de un alimento sólido, como él mismo lo menciona en su Palabra.

Cesar Solís Ruiz, Monterrey, México.

Refrigerio

Para mí, Aguas Vivas representa un refrigerio, crecimiento y ayuda en mi ministerio pastoral. Soy chileno, hace 23 años que vivo en Brasil, y trabajo como pastor en un lugar lejano de todo centro urbano. La revista y otros materiales son de ayuda para mí y para aquellos a quienes comparto lo recibido.

*José Davinson,
Apiá, Sao Paulo, Brasil.*

Maná

Somos un grupo pequeño de hermanos, que desde hace unos 20 años estamos reuniéndonos como iglesia. Ya va para más de un año que nos estamos nutriendo de la página web. Le estamos muy agradecidos al Señor por habernos

abierto esta puerta para recibir el precioso Maná que nos brinda «Aguas Vivas», sobre todo en un momento en que fuimos muy atacados por el enemigo y nos quedábamos a la deriva. ¡A Él sea la Gloria!

*Alberto Oliva Mancilla
La Línea de la Concepción, Cádiz, España.*

Desde Cuba

He estado leyendo vuestra revista, y cierto es que me he familiarizado con el enfoque que dan. Me alegra la sólida condición de fe de ustedes y lo provechoso que es para la obra de Dios hombres dispuestos y puestos en función de dar un alimento espiritual sólido y vitalizante.

Angel, Cuba.

Temas de enseñanza

Estoy muy agradecida por las revistas dedicadas al tema de cuerpo, alma y espíritu. Me están ayudando a comprender y salir de dudas. Las estoy compartiendo con mis hermanos de la iglesia, porque de allí estoy sacando temas para enseñanza.

*Yolanda Trujillo Baltazar
Ambo, Huanuco, Perú.*

Por razones de espacio, las cartas son resumidas.
Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / Año 7 · Nº 41 · Septiembre - Octubre 2006

Equipo Redactor: Eliseo Apablaza, Roberto Sáez, Gonzalo Sepúlveda.

Además en esta edición: Watchman Nee, Stephen Kaung, Christian Chen, Rodrigo Abarca, Rubén Chacón, Celso Machado.

Diseño y diagramación: Mario Contreras.

Traducciones: Andrés Webb, Mario Contreras.

E-Mail: aguasvivas.cl@gmail.com

Contactos EE. UU, Canadá y Puerto Rico:

James Huskey · Spanish Publishing Mission
 P. O. Box 1339, Guthrie, OK, (73044) USA.
 Email: pieshermosos@yahoo.com

Contactos en México:

Samuel González E. · Apartado Postal Nº 639
 C. P. 80000, Culiacán, Sinaloa, México.
 Email: sammyglez@yahoo.com